





Vergis— meuse— mick.

278
75
3

~~Y todos,~~ Soy hijo

Dicen q.e Gil Blas libr

Dieu despues pues pues
queria para si

Como queria para quedar
informado de todo lo que
le habia dicho, asi es que
cuando vino de su tierra
para mantener el orden

Si

278 - 75 - 3

Est. 278
N.o 75

La presencia del general al mismo

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

ROBADAS Á ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS Á SU PATRIA

Y Á SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

que no sufre se burlen de su nacion.

NUEVA EDICION

Aumentada con la continuacion de la historia de Gil Blas hasta su muerte.

TOMO I.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE BARCO.
1811.

196

Jose Baño

para mantener

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Esta obra, que traduxo el célebre P. Isla, ha sido tan bien recibida del público, como lo acreditan las varias ediciones que de ella se han hecho en poco tiempo; pero han salido algunas con tantos defectos y tan notables, especialmente la primera que se hizo en Valencia, que ha sido preciso corregirlos en la presente edicion con todo el esmero y cuidado posibles. Se han omitido las aventuras del jóven siciliano, porque son un pegote ridículo y estrafalario, donde no se ve mas que un cúmulo de episodios inconexôs, sin gracia, invencion ni instruccion alguna, y hacen perder de vista y olvidar el asunto principal. Sin embargo para dexar satisfecha la curiosidad del lector,

se ha tenido por conveniente insertar en esta impresion la continuacion de la historia de Gil Blas desde el punto en que, muerta su segunda muger y sus amigos, se retiró á una cueva en el Canadá, donde últimamente le encuentra Scipion, y asiste á su muerte.

Se ha procurado tambien que esta edicion sea agradable al público por su forma, papel, caractéres y demas adornos, á imitacion de otras que se han publicado en el mismo tamaño, como las Cartas de Emeranza á Lucía, el Dean de Killerine, Quixote, Solís y otras de esta especie, que todas ellas forman una bella coleccion de obras escogidas.

CONVERSACION PRELIMINAR,

QUE COMUNMENTE LLAMAN PRÓLOGO, Y DEDICATORIA AL MISMO TIEMPO Á LOS QUE ME QUISIEREN LEER.

Señor lector: no extrañe v. el tratamiento. Es cierto que en casi todos los prólogos se usa *tutear* á los lectores. Tambien lo es que yo, llevado de la costumbre, en tal qual friolera que he dado á luz me he dexado arrastrar de ésta, al parecer mala crianza. Estoi por ahora arrepentido; propongo la enmienda, pero sin constituirme fiador de mi perseverancia.

Por malo que sea un libro puede tener lectores de todas clases, á quienes correspondan tratamientos mui diferentes, sean los *tues*, los *ustedes*, los *usías*, los *usencias*, los *paternidades*, los *ilustrísimos*, los *excelencias*, los *altezas*, los *magestades*; y hasta los mismos *santidades* y *beatitudes* los leen. ¿No seria desacato y una avilantez intolerable introducirse á la con-

versacion de tan altos personages, tratándolos con un *tú por tú*, y con la gorra calada? ¿*En qué bodegon hemos comido*? me preguntarian, ó (lo que seria peor) mandarian á algun lacayo que me moliese á palos, y en verdad que no les faltaria razon.

¿Qué remedio para evitar una rusticidad tan selvática? No hai otro que el que ya está admitido en todas las naciones cultas. Siempre que hai necesidad de hablar por escrito con personas de diferentes clases, se sacan de un mismo exemplar las copias que se consideran precisas; y quando se llega al tratamiento del sugeto con quien se habla, se escribe una sola *v*, que es la letra inicial de todos los tratamientos respetosos, para que cada uno se aplique aquel que le corresponda.

Esto supuesto, todas las veces que hablando yo en el prólogo con el lector le sirva con una *v*, sea de la figura que se fuere, él mismo se aplicará el tratamiento que le toca, y no podrá quejarse de que no se le da aquello que se le debe.

Pero si en todo prólogo seria de de-

sear que se practicase esta buena crianza, en un prólogo-dedicatoria, como lo es el presente, seria especie de locura no ponerla en práctica por mi propia autoridad.

No solicitando yo otros Mecenas que mis lectores para esta casi mecánica fatiga, vamos claros que seria linda gracia introducirse á implorar su proteccion y su benevolencia perdiéndoles el respeto. Por tanto, señor lector, mi venerado dueño, no tema v. que le trate como pudiera á un gañan: estimo mucho á v., venero mucho á v., y necesito mucho de v., para exponerme á merecer su desprecio, quando imploro y necesito tanto de su favor.

Ni los autores ni los traductores ó copistas (entre los quales suele haber bien poca diferencia) debemos temer otros enemigos que nuestros propios lectores. Si logramos que estos nos abriguen y se contenten de nosotros, se nos debe dar un pito por todos los demas que no nos leen. Defiéndannos de sí mismos los primeros, y ládrennos quanto quieran los segundos. Harémos con ellos lo que hacen

los mastinazos con aquellos gozquecillos que les ladran de memoria:

Alzan la pata, los mean,
y prosiguen su camino.

Añádese á esto, que los libros solamente se escriben para que se lean; con que por su misma naturaleza parece que estan ya dedicados únicamente á los lectores. Ponerlos baxo la proteccion de uno que quizá no los leerá, como suelen hacer muchos personages de alto bordo, parece que es sacar las cosas de su quicio; y viene á ser casi lo mismo que regalar á uno que en muestra de agradecer la buena voluntad, paga la maula mas de lo que vale el regalo, y tal vez sin mirarle le vuelve á los hocicos de quien se le envia, ó le reparte entre sus criados y familia.

Aún hai otra ventaja tanto de parte del escritor, como de parte del Mecenas, en dedicar las obras á los lectores. Como el autor ó el traductor no sabe quiénes serán estos, excusa las mentiras, lisonjas y adulaciones, de que suelen estar

atestadas las dedicatorias; pues ignorando las circunstancias de las personas particulares, está dispensado en hacer su panegírico; y los lectores de juicio sólido y de gusto delicado no padecen el sonrojo de verse alabados cara á cara. *Sabida cosa es* que nada empalaga tanto á un hombre machucho y de buen seso, como verse alabado facha á facha, y como dicen, en sus mismas barbas.

Quem, si male palpere, recalcitrat undique totus.

Esto supuesto, señor lector y venerado dueño mio, dé v. por concluida la dedicatoria, y demos principio entre los dos á la *conversacion preliminar*, que en vulgar se llama prólogo. Sospecho que tendrá v. varias preguntas que hacerme; y asi comienzo, porque estoi pronto á servirle, y en quanto pueda á satisfacerle.

Preguntará v. (como si le oyera) ¿por qué razon ó con qué fundamento se dice en el frontis de esta version que las Aventuras de Gil Blas fueron adop-

tadas por Mr. le Sage, quitándole el honor de ser su padre legítimo y natural? Pues qué, ¿no lo fue ciertamente aquel monsieur?

¿Qué llama *ciertamente*, señor lector? En los partos metafóricos del entendimiento hai casi las mismas dudas (si ya no son mayores) que en los fisicos, corpóreos y materiales. En estos se sabe ó se puede saber con certeza la madre que los parió, pero nunca se puede saber con la misma el padre que los engendró. Para atajar los inconvenientes que estas dudas podian producir acudió la lei con la famosa decision: *pater est, quem nuptiæ demonstrant*; pero como en las producciones mentales no hai matrimonio que las legitíme, tampoco estamos obligados á creer que sea su verdadero padre el que suena serlo en el frontispicio, salvo únicamente en las producciones de los libros sagrados. La corneja que se vistió de plumas agenas, es una mera fábula. Solamente los ladrones y los plagiarios son las cornejas verdaderas.

Convengo en eso (me replicará acaso v.); mas quisiera yo saber ¿qué funda-

mento hai para agregar á esta especie cornejiana á nuestro bonísimo monsieur? El mas sólido y el mas grave que cabe en una prudente conjetura. Sus mismos paisanos y panegiristas modestamente lo confiesan, y aun lo prueban con hechos al parecer concluyentes. Los imparciales y moderados autores del *Dictionaire historique portatif*; esto es, *Diccionario histórico portátil* ó manual, los quales formaban una compañía ó asociacion de literatos de París, hombres todos maduros y retirados del gran mundo, que no pertenecian á cuerpo alguno regular, eclesiástico, político ni académico, y por consiguiente estaban libres de todo espíritu de cuerpo ó de partido; quando llegan á tratar de monsieur Alano Renato le Sage en la edicion de Amsterdam de 1771, tomo 4, pág. 145, dicen asi en su nativo idioma.

Sage (Alain René le) Poete françois, né à Ruys en Bretagne vers l'an 1677, mourut en 1747 à Boulogne-sur-mer. Son premier ouvrage fut une traduction paraphrasée des Lettres d'Aristenete, auteur grec. Il apprit en suite

l'espagnol, et gouta beaucoup les auteurs de cette Nation, dont il à donné des traductions, ou plutot des imitations, qui ont eu beaucoup de succés. Ses principaux ouvrages en ce genre sont : 1. Guzman d'Alfarache en 2 vol. in 12.° ouvrage, ou l'auteur fait passer le serieux à travers le frivole qui y domine. 2. le Bachelier de Salamanca en 2. vol. in 12.° roman bien ecrit, et semé d'une critique utile des moeurs du siecle. 3 Gil Blas de Santillane en 4. vol. in 12.° On y trouve des peintures vraies des moeurs des hommes, des choses ingenieuses, et amusantes; des reflexions judicieuses ~~mais quelque~~ fois prolixes. Il y a du choix, et de l'elegance dans les expressions et assez de netteté dans les recits. 4. Nouvelles aventures de D. Quichote en 2. vol. in 12.° Ce nouveau D. Quichote en vaut pas l'ancien; il y a pour tant quelques plaisanteries agreables. 5. Le Diable voiteux 2. vol. in 12.°, ouvrage qui renferme des traits propres à egayer l'esprit et à corriger les moeurs. 6. Melanges amusans, des saillies d'esprit, et de traits historiques les plus frappans in 12.° Ce recueil est, ainsi que tous

ceux de ce genre, un melange de bon et de mauvais::::Cet auteur avoit peu d'invention, mais il avoit de l'esprit, du goût et l'art d'embellir les idées des autres, et de se les rendre propres. Este pasage traducido fielmente en nuestra lengua, dice asi:

"Alano Renato le Sage, poeta fran- »cés, nació en Ruys de Bretaña ácia el »año de 1677, y murió en el de 1747 »en Bolonia de Francia. Su primer obra »fue una traduccion parafrástica de las »*Cartas de Aristeneto*, autor griego. »Aprendió despues la lengua española, y »le gustó tanto, que *publicó muchas tra- »ducciones*, ó por mejor decir imitacio- »nes de ella. Sus principales obras *en »este género* fueron: 1.ª *Guzman de Al- »farache*, en dos tomos en 12.º; obra »en que el autor introduce lo sério á »vueltas de lo frívolo que en ella domina. »2.ª El *Bachiller de Salamanca*, en dos »tomos en 12.º; novela bien escrita y »sembrada de una crítica provechosa de »las costumbres del siglo. 3.ª *Gil Blas »de Santillana*, en quatro volúmenes en »12.º; donde se encuentran pinturas mui

„propias y mui vivas de las costumbres „de los hombres, cosas ingeniosas y di- „vertidas; reflexîones llenas de juicio, „aunque alguna vez prolixas. El estilo, „sin dexar de ser natural, es elegante, „las voces castizas, y la narracion flui- „da, limpia y desembarazada. 4.ª *Nuevas „aventuras de D. Quixote*, en dos tomos „en 12.º Este nuevo D. Quixote no llega „al antiguo, ni con mucho. 5.ª El *Dia- „blo cojuelo*, dos tomos en 12.º; obra „donde se encuentran algunos pasos que „sirven á la diversion y á la enseñanza. „6.ª *Miscelanea de materias divertidas é „ingeniosas, y de curiosos históricos suce- „sos*: coleccion en que hai bueno y malo, „como en todo género de colecciones:::: „Este autor tenia poca invencion, pero „estaba dotado de ingenio y de buen „gusto, como tambien de un gran talen- „to para engalanar las ideas ó conceptos „de otros, haciendo suyos los pensamien- „tos agenos."

Hasta aqui dichos autores del *Diccionario histórico manual* en el artículo de Mr. le Sage. Y pues los mismos paisanos y elogiadores, hombres por otra parte

de la mayor imparcialidad y de una delicadísima crítica, cuentan al *Gil Blas de Santillana* entre las traducciones ó imitaciones de la lengua española, en que Mr. Alano exercitó el *gran talento* de hacer suyos los pensamientos agenos: ¿qué mayor fundamento habia yo menester para desplumar al francés corneja, y restituir al español Gil Blas en su pelo ó su pluma original?

Pero si v. quiere saber de mí qué español fue el verdadero padre de aquel hijo, y cómo ó por dónde vino á parar la pobre criatura en manos del señor francés, eso es en lo que no le podré servir con la seguridad que yo quisiera, y v. mismo deseára. Solo he podido averiguar que el tal Mr. le Sage estuvo muchos años en España, segun unos como secretario, y segun otros como amigo ó comensal de un embaxador de Francia. Que su inclinacion á nuestra lengua y lo mucho que le gustaban los graciosos escritos satíricos y morales que poco antes se habian publicado en ella, algunos anónimos, y otros con el nombre de sus verdaderos autores, le incitó á solicitar

el conocimiento y trato con los unos y con los otros. Tuvo estrecha amistad con cierto abogado andaluz, que le dió el famoso *Sueño político*, que comienza: *Pasaba yo el Bocalini por estudio ó por recreo*, el qual era una furiosa sátira contra el ministerio de España: que este mismo abogado le confió á Mr. le Sage el manuscrito de la novela de Gil Blas, que era otra mas graciosa, mas llana y mas inteligible sátira contra el gobierno de dos grandes señores, que sucesivamente se vieron á la frente del ministerio, para que traducido en francés le hiciese estampar en París, y publicar como nacido en aquel reino, supuesto que durante el actual gobierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida del impresor y de todos los que tuviesen parte en su publicacion. Aún hai otra razon mui poderosa para creer que le Sage no fue el verdadero autor de esta graciosa novela. Qualquiera que la lea se persuadirá que se escribió en los reinados de Felipe III. y Felipe IV., cuyos ministros y privados son satirizados en ella. Mr. le Sage, habiendo nacido el

año de 1677, en que ya habia muerto Felipe IV., no podria venir á España ni como secretario ni como amigo ó comensal del embaxador francés hasta fines de aquel siglo ó principios del siguiente: tiempo en que ya Gil Blas andaria oculto en las manos de algunos curiosos, como escrito anónimo y de autor desconocido. Y asi como dicho Mr. se aficionó tanto á nuestras novelas para imitarlas ó traducirlas en su idioma; es de creer que executase lo mismo con la de Gil Blas, haciéndole que hablase de molde y en francés lo que antes habia hablado en castellano y manuscrito. Esto es quanto he podido averiguar en el asunto, pero sin documentos suficientes que lo prueben, ni testimonios respetables que lo califiquen. Lo que á mí me parece del texido de esta relacion es, *che se non sia vero, al meno é bene trovato.* Y asi, señor lector de mi alma y mi estimadísimo Mecénas, puede v. creer aquello que mejor le pareciere.

Lo que no admite duda es, que en el tercero y quarto tomo de Gil Blas se habla con menos respeto del que fuera

justo de aquellos dos grandes señores, nombrándolos con todos sus pelos y señales, á pesar de la veneracion tan debida á sus personas, aunque no fuera mas que por su alto nacimiento. No se me esconde que no los tratan con mayor miramiento algunos historiadores, aun de nuestros nacionales; pero como semejantes exemplos no deben servir á la imitacion, tampoco á mí me hicieron fuerza, y asi disfracé en la traduccion sus títulos y dictados, sin faltar á la verdad. Los que estan instruidos en la historia ya lo sabrán aunque yo quiera ocultarlos: á los que no lo estan no se lo quiero decir.

Viendo estoi, señor lector, que todavia no acaba v. de persuadirse á que el escritor francés no sea el verdadero padre de Gil Blas, porque dirá: si fuera español el autor de este romance, no es verosímil que siendo tan hábil y tan instruido en la geografia y mapa de España, como se manifiesta en toda la obra, incurriese en el garrafalísimo despropósito que se lee en el tomo 3, lib. 10, cap. 1, donde se dice que habiendo Gil Blas y su fiel criado Scipion partido de Madrid para

Asturias, *durmieron la primera noche en Alcalá, y la segunda en Segovia.* Saben hasta los mas zafios arrieros de España que Alcalá respecto de Madrid está á la parte opuesta de Asturias y de Segovia, y por consiguiente que era menester volver á pasar por Madrid ó por sus aledaños para dormir la segunda noche en Segovia. Añadese á esto, que desde Alcalá á dicha ciudad de Segovia hai por lo menos veinte leguas, con un gran puerto que pasar. No era verosímil que se encontrase en España alquilador, ni mucho menos calesero tan poco amante de sus mulas que las quisiera exponer á la fatiga de andar en un dia el camino que dificilmente se puede concluir en dos. De donde se infiere que de ningun manuscrito español, y mas tan bien pensado cómo el manuscrito en qüestion, pudo tomar el escritor francés tan craso y desatinado error, y consiguientemente que fue originalmente suyo el romance de Gil Blas.

Pero dígame v., veneradísimo señor lector, ¿y no pudo Mr. Alano Renato escribir mui de propósito este despropósito para ocultar mejor su hurto? ¿piensa v.

que solo Caco, numen tutelar de los ladrones, tuvo habilidad para inventar ciertos artificios que deslumbrasen á los curiosos indagadores de sus ingeniosos y delicados robos? No señor: esta habilidad, en mayor ó menor grado, la han poseido todos los ladrones de las bolsas y todos los plagiarios de los libros. Pues ahora, siendo tan celebrado *Mr. le Sage por su gran talento de hacer suyos los pensamientos agenos*, considere v. si le faltaria el de dexarse caer adredemente tal qual error garrafal para ocultar mejor su juego, y tener el hurto mas encubierto.

Pero en conclusion, ¿para qué nos cansamos, ni á qué fin es aporrear la Sibila, quando está tan claro el oráculo? ¿Qué necesidad hai de probar que el *Gil Blas de Santillana* fue originalmente español, quando sus mismos paisanos y panegiristas lo confiesan? ¿No cuentan ellos esta obra *entre las traducciones ó imitaciones* de la lengua española, en que se exercitó Mr. le Sage? ¿No dicen que sus principales obras *en este género fueron el Guzman de Alfarache, el Bachiller de Salamanca, el Gil Blas de Santillana, el Dia-*

blo cojuelo &c.? ¿No añaden inmediatamente, *que este escritor tenia poca invencion, pero que estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento, para vestir de gala las ideas, y hacer suyos los pensamientos agenos*? ¿Pues qué mas habia de menester yo para tenerle por un español afrancesado, desnudarle de su trage purísimo, vestirle de maragato, presentarle en calzas y jubon, haciéndole hablar en su lengúage propio, castizo, primitivo y natural?

Viendo estoi que todavia no está v. mui sosegado, y tiene algo que replicarme ó proponerme. Si el que ha hecho esta restitucion es un viejo colmilludo ó *carrasqueño* (como él mismo se llama), *y que no sufre cosquillas quando se trata de minchonar* ó burlarse de su nacion, ¿cómo un hombre de su edad ha empleado tan mal el tiempo en una obra semi-bufonesca, tomándose una fatiga, que sobre tener tanto de mecánica, parece mui agena de sus años, y quizá tambien de otras sus circunstancias personales, de las quales se podian esperar trabajos mas serios, mas útiles, y no menos divertidos? Vamos poco

á poco, que la réplica ó la preguntilla pica en historia, tiene varios cabos que atar, y es menester cogerlos todos.

En primer lugar, por lo mismo que soi viejo colmilludo, carrasqueño y mui amante de mi nacion, no podia ni debia sufrir que un francés, fuese el que fuese, se nos viniese con sus manos lavadas ó por lavar, á querernos persuadir que un asturiano nacido (como él asegura) del puerto de Pajares allá, habia sido engendrado, concebido y parido del otro lado de los pirineos, suponiendo que Mr. Alano Renato le Sage le habia dado á luz, ni mas ni menos como nos quieren decir que Júpiter parió á Minerva.

En segundo lugar la obra nada tiene de *semi-bufonesca*, aunque está escrita con bastante sal y con tal qual granito de pimienta. El *ridentem dicere verum, quid vetat*, está recibido por todos los de buen gusto, y no se llama *bufonería*, sino sazon y gracejo. *Castigat ridendo mores*, há muchos siglos que se dixo por una obra de las mas instructivas y mas sazonadas que nos dexó la antigüedad. Aunque la vejez esté sujeta á malos hu-

mores, no siempre está reñida con el buen humor. *Quien tuvo, retuvo, y dexó para la vejez*, dice nuestro adagio vulgar; que en suma viene á ser lo mismo que aquello de:

Quo semel est imbuta recens
servabit odorem testa diu.

¿Porqué se ha de llamar *semi-bufonésca* una obra *que está llena de pinturas mui vivas y mui propias de las costumbres de los hombres, y de reflexîones no menos llenas de juicio, escrita en un estilo, que sin dexar de ser natural es elegante, las voces castizas, y la narracion fluida, limpia y desembarazada*, como tambien de quando en quando graciosa, pero nunca chocarrera? Una obra de este carácter nada tiene de bufona, y no debiera parecer mal en las manos de qualquiera Matusalém, aunque fuese el último año de su larga vida.

Pase (me volverá á replicar v.); pero dedicarse á una fatiga tan mecánica, como es una traduccion, un hombre de cuya edad y circunstancias se podian esperar

trabajos en asuntos mas serios, mas útiles y no menos divertidos, verdaderamente que es lástima, *e fá molta pietá.* Mil gracias por lo que v. me favorece, esperando tanto de mí; pero aun quando fuera lo que v. quiere figurarse, hallándome como me hallo sin salud, sin cabeza, sin memoria, sin libros, lleno de axes y oprimido de cuidados, no puedo hacer otra cosa que ocuparme en este mecanismo para divertir la ociosidad, distraerme un poco de mis males y servir á mi nacion en lo poco que ya puedo.

La novela de Gil Blas es un romance mui juicioso, mui instructivo, y al mismo tiempo de grande diversion por los innumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexîon, conseqüencia y naturalidad; pintándose en ellos con toda viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas las reflexîones mas sólidas y mas conformes á la natural honestidad y á la moral evangélica. Si tal vez se introducen algunas aventuras galantes, se tratan con toda la decencia y con todo el decoro que se puede desear en una pluma an-

ciana y circunspecta, debiéndose observar que las aventuras de esta especie se describen de manera que su relacion incita á la fuga de ellas por medio del escarmiento.

Pero, ¡oh señor! ¡que toda esa moralidad está fundada en hechos fabulosos, puesto que es fabuloso hasta el mismo héroe del romance! ¿Y qué importará que los hechos sean imaginarios y fabulosos, con tal que sean parecidos á los verdaderos, si la moralidad es sólida, castiza y en todo conforme á lo que dictan la religion y la razon? Las fábulas de Fedro y de Esopo ¿por ventura son mas que fábulas? Con todo eso, ¿quién ha negado hasta ahora que aquellos hechos y dichos de las plantas y de los brutos no han enseñado mucho á los hombres? El eruditísimo Pedro Daniel Huet, obispo de Avranches, uno de los hombres mas sábios que ha tenido la Francia, escribió un libro sobre *el orígen de los romances ó novelas. No hai mas que leerle* (dice un crítico moderno), *y qualquiera quedará convencido no solo de su antigüedad y de su uso, sino tambien de su utilidad*, *como escuela*

de moral mucho mas eficaz que la de qualquiera maestro.

El mismo crítico (*a*) pretende (y en verdad que no son débiles las razones en que lo funda) que la lectura de las novelas ó romances bien escritos es mas útil, á lo menos para las personas particulares, que la de la historia.... En ésta, á lo sumo solo se aprende lo que se ha hecho, y aun esto pocas veces, porque son mui raros los historiadores, que por la pasion, por el espíritu de partido ó nacional no desfiguren los hechos verdaderos, vendiendo por tales los mas alterados, y no pocas veces los mas contrarios; pero en los romances se enseña lo que se debe hacer, fundándose la instruccion en lo mismo que claramente se confiesa que no se hizo. Entre los historiadores ningunos suelen ser mas falaces que los mas jactanciosos de su fidelidad: *nulli jactantius fidem suam obligant, quam qui maximè violant*, que dixo uno de ellos (*b*),

(*a*) Abogado Constantini, *Lettere critique tom.* 2. *pág.* 32.

(*b*) Fam. de Estrada en el Prólogo á su Historia de *Bello Belgico.*

mui acreditado entre los modernos ; pero los novelistas desde luego entran confesando ser fingido todo lo que dicen, aunque tan parecido á lo que se ve y á lo que se palpa , que la misma ficcion conduce por la mano al desengaño , é introduce insensiblemente el documento. La lectura de la historia por lo comun solamente se dirige á cargar la memoria de sucesos inciertos y pasados , para hacer ostentacion de una pueríl y pedantesca erudicion , ya en las conversaciones privadas , ya en los escritos públicos ; pero la lectura de los romances , aunque sirva á la diversion por la variedad y maraña de los fingidos sucesos , se dirige principalmente al conocimiento práctico del mundo , al descubrimiento de sus enredos y á la manera de gobernarse discreta, cristiana y prudentemente en él.

Las novelas , las fábulas y las parábolas todas son mui parecidas en el fin que se proponen. No es otro que enseñar á los hombres á ser hombres : solo se diferencian en que las primeras son largas y divertidas , las segundas todas breves y graciosas , las terceras á veces

largas y á veces breves; pero éstas, aquellas y las otras todas son morales.

Los que dudaron de la real exîstencia de Job, la tuvieron por una parábola larga y por un romance corto, pero lleno de grandes documentos. Los pocos que piensan lo mismo de la historia de Tobías, la suponen un superior y precioso romance, texido de lances singularísimos, que todos inspiran las mas altas máxîmas de la religion, el concepto mas elevado de Dios, y los principios mas conducentes á estampar en el alma las obligaciones de la humana sociedad. Ninguna de aquellas dos opiniones se puede sostener católicamente, pero tampoco nos hacen falta. Las dos parábolas, una de Natan á David, despues de su adulterio con Bethsabeé, y otra de la Thecuites al mismo monarca, despues que habia resuelto quitar la vida á Absalón por el fratricidio cometido por él en su mismo hermano Amnón; aquellas dos parábolas, vuelvo á decir, son como dos pequeñas novelas: la primera, para que aquel monarca se arrepintiese del adulterio y homicidio de Urías cometido por su causa; y la segun-

da, para que volviese á recibir en su gracia, y no diese la muerte al hijo fratricida: parábola forjada por su capitan Joab.

No siendo pues otra cosa las parábolas que unos breves romances reducidos á un solo suceso enteramente supuesto é imaginario, y no siendo el romance mas que una parábola larga, entretexida de varios sucesos fingidos, bien que mui parecidos á los que cada dia se ven, para que se palpe la verdadera monstruosidad de estos en la monstruosa irracionalidad de aquellos, de ninguna pluma pueden desdecir, como se traten con la decencia, discrecion y juicio que se debe.

Y valga la verdad: ¿qué libros son mas provechosos que los que instruyen divirtiendo y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la leccion con la máscara de un cuento hecho á placer y fabricado de planta? Esto hacen los romances bien escritos y las novelas trabajadas con juicio, con pulso y con eleccion. Ningun buen conocedor ha negado este mérito al romance de Gil Blas, que adoptó Mr. le Sage. An-

tes bien hai críticos de fino olfato, que en su línea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable señor Fenelon de Saliñac.

Dixe adredemente: *el romance de Gil Blas, que adoptó Mr. le Sage*; porque éste solamente dió á luz en francés quatro tomitos en 12.º poniendo fin á su divertida novela, describiendo el doble casamiento de Gil Blas con Doña Dorotea, hija de Don Juan de Juntella, y el de D. Juan de Juntella con Serafina, hija de Scipion, y ahijada de Gil Blas. Estos quatro tomos son precisamente los que han merecido grandes elogios á los críticos de buenas narices, no faltando algunos que le elevan hasta emparejarle con el príncipe de los romances que compuso el célebre y discretísimo arzobispo de Cambray.

Esto es, señor lector, lo que presento á v. como lector, y lo que como protector le dedico. Léame v. con benignidad, favorezca la obra con su proteccion, y si quiere saber cómo me llamo, ahora se lo va á decir

su mas rendido servidor

D. Joaquin Federico Issalps.

DECLARACION DEL AUTOR.

Como hai personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores, que harán mal y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal qual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo: *Stultè nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No menos en Francia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Con-

fieso que no siempre describí exâctamente las costumbres españolas. Por exemplo: los que saben cómo viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados; pero creí deber hacerlo asi, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de los nuestros.

GIL BLAS DE SANTILLANA,

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida ; escucha , lector amigo ; un cuento que te voi á contar.

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed , observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por

el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *aqui está enterrada el alma del licenciado Pedro García.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion, quando exclamó riéndose á carcajada tendida: ¡gracioso disparate! ¡*Aqui está enterrada el alma*! Pues qué ¿*una alma puede enterrarse*? ¡*Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio*! Y diciendo esto, se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexîvo, dixo para consigo: *aqui hai misterio, y no me he de apartar de este si-*

tio hasta averiguarlo. Dexó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo, y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró debaxo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados, con estas palabras en latin: *declárote por heredero mio á ti, qualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de esté dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á

uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexîon á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás *lo útil mezclado con lo divertido*, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE PRIMER TOMO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

NACIMIENTO DE GIL BLAS, Y SU EDUCACION.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los exércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canó-

nigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aqui la *vera efigies* de mi tio. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida; quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo qual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa quando yo era aún niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraría; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme baxo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos.

Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles qüestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras escocesas, no menos escolastizadas que yo, y entonces era indispensable disputar. ¡Qué voces, qué patadas, qué gestos, qué contorsiones, qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. Á mi tio se le caía la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dexaria de tenerme sobre sus costillas. Díxome un dia: ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoi resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dexarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el

dinero hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No me podia mi tio proponer cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo. Sin embargo supe vencerme y disimular mi alegria. Quando llegó la hora de partir solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enterneciόse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los quales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, ni mucho menos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

CAPÍTULO II.

DE LOS SUSTOS QUE TUVO GIL BLAS EN EL CAMINO DE PEÑAFLOR, LO QUE HIZO QUANDO LLEGÓ ALLÍ, Y LO QUE LE SUCEDIÓ CON UN HOMBRE QUE CENÓ CON ÉL.

Eteme aqui ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de quarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fue dexar la mula á discrecion; esto es, que andase al paso que quisiese. Echéla las riendas sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegria. Jamas me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, quando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y exâminé lo que podia ser. Ví en

medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasagero, tenga vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos ácia donde venia la voz, y ví al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la qual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y boniticamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines, los fui echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo lo hacia noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula para que quanto

antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas aprisa. La vieja costumbre de camiuar paso á paso, baxo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aún no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Pareciórne que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le pareceria que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo qual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson, que tenia

bella apariencia. Apenas eché el pie á tierra, quando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me conduxo á un quarto, mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan facil en contar, sin necesidad, todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díxome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al rei muchos años de sargento, y que se habia retirado quince meses habia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Despues me dixo una infinidad de otras cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. Á todo lo qual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome mui respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una lar-

ga conversacion con él, en la qual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender mi mula, él conocia un mulatero, hombre mui de bien, que acaso la compraria. Respondíle que me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la exâminó de pies á cabeza. Púsola mil tachas, hablando de ella mui mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del papa. Protestaba que tenia quantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesone-

ro, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿quárto pide vmd. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincéro, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me conduxo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Dixome éste que pensaba partir antes de amanecer, y que él tendria

cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el qual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encaxóme quanto se decia de él en la villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladuría, quando por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dexélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí la cena. Era dia de viernes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian travé conversacion con la mesonera, que hasta entonces no se habia dexado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales mui desembarazados y vivos. Quando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, he aqui que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al

lado un largo chafarote. Acercóse á mí con cierto aire alegre y apresurado: señor licenciado, me dixo, acabo de saber que vmd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofia. ¿Es posible que sea vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublíme, cuya reputacion es tan grande en todo este país? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues ácia mí, y echándome los brazos al cuello, excuse vmd., me dixo, mis arrebatos, no soi dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegria que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dexaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dixe: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. Vmd. está reputado por un

prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete sábios. Á estas palabras se siguió un nuevo abrazo que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dexaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio mui distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre mui de bien y mui real; y asi le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; antes bien estoi mui agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. Á la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me

rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dixo alzándose de la mesa, estoi tan contento de lo bien que vmd. me ha tratado, que no le puedo dexar sin darle un importante consejo, de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca, y esté siempre mui sobre sí para no dexarse engañar de las alabanzas. Podrá vmd. encontrarse con otros, que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea vmd. su hazme reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como qualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues qué! ¿solamente buscó al me-

sonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la qual podrá mui bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dexase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi quarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir; y apenas habia cerrado los ojos, quando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargâba, sino que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche

precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos [illegible] blos al parasito, al mesonero y al [illegible].

CAPÍTULO III.

DE LA TENTACION QUE TUVO EL ARRIERO EN EL CAMINO, EN QUÉ PARÓ, Y COMO GIL BLAS SE ESTRELLÓ CONTRA CARIBDIS, QUERIENDO EVITAR Á SCILA.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozuelo ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso sus pocos años y su robustez inclinaron ácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus

favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la execucion hasta la última posada. Esta fue en Cacabelos. Hízo[illegible] meson que está á la en[illegible] esto es, un poco fuer[illegible] mesonero sabia mui bien, q[illegible] hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos conduxese á un quarto mui retirado, donde nos dexó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centelleantes: ¡vive Dios! dixo, que me han hurtado cien doblones que traía en una bolsa de cuero, y por Jesucristo que han de parecer. Ahora, ahora me voi derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire mui natural, nos volvió apresurada y broncamente las espaldas, dexándonos atónitos, y mirándonos los unos á los otros.

Á ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podiamos conocer bien; antes desde luego sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, asi como él quizá

sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabiamos las formalidades, que preceden en semejantes casos antes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creimos que se habia de comenzar por aqui. Poseidos pues de esta aprension, precipitadamente nos salimos del quarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada qual como pudiese, y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entonces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y mui alegre porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el quarto donde estaba la novia haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion, pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada, que sabia ser mui digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y qual era el motivo de aquellos gritos.

El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido. No obstante se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al quarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alferez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangon de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto. Echó mano del delinqüente, y le conduxo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia excusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojasen, y que en su presencia le diesen sendos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado

quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas erizado matorral, quando me ví de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dixeron; y como el miedo y la sorpresa no me dexaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dixese quién era, de dónde venia, y qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber dónde esconderme. Dieron una grande carcajada, quando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dixo: no tengas miedo, querido: vente con no-

sotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá tambien asesinado. Quizá serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aqui hemos de dormir, dixo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes no veía casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion: quando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterránea mui pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dexaron resva-

lar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dexaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y he aqui al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPÍTULO IV.

DESCRIPCION DE LA CUEVA SOTERRÁNEA, Y DE LO QUE VIÓ EN ELLA GIL BLAS.

Entonces conocí entre qué especie de gentes me hallaba yo, y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados. Y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, quando advirtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habriamos

caminado como unos doscientos pasos, siempre baxando, y siempre caracoleando, quando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otras lámparas, que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera, porque es menester que la describa, era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Quando moza eran sus cabellos de un rubio extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen

alguñas manchas, resíduos del primitivo color. El de la cara era aceitunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios mui hundidos, y una naríz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta; y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dixo uno de los caballeros, presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dixo: vuelve, querido, en ti, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Teniamos necesidad de un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias há, porque era de delicada complexîon. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. Á la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura mui amable y humana. Tendrás quantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir en-

tre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega, donde ví una infinidad de botellas y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos quartos: unos atestados de piezas de lienzo mui delicadas, otros de ricos paños y telas de lana y seda. En éste habia gran cantidad de plata y oro; en aquel igual ó mayor porcion de vaxilla en diferentes armarios. Seguíle despues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros quartos que se comunicaban con él. Aqui me hizo nuevas preguntas; es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dixo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun puesto, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aqui vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este soterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la santa Hermandad, nunca

dará con él. La entrada solo la conozco yo y mis camaradas. ¿Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron, y se ocultaron en este pais, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró tambien el valiente D. Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en soterráneos, que ellos mismos fabricaron, y éste es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares, y desde entonces los soterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos; pero todavia han quedado muchos, y yo, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en éste. Llámome el capitan Ro-

lando, soi el xefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPÍTULO V.

DEL ARRIBO DE OTROS LADRONES AL SOTERRÁNEO, Y DE LA CONVERSACION QUE TUVIERON ENTRE SÍ.

No bien habia dicho estas palabras el capitan, quando aparecieron en el salon seis caras nuevas, que eran su teniente, y otros cinco de la gabilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurrones llenos de azucar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dixo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina, para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo que-

ria asi, y disimulando mi sentimiento, me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elógios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los quales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad; éste grita, aquel canta, y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponia mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, les dixo, atencion á lo que voi á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la série de aventuras por dónde venimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa mui digna de saberse. Hagámonos pues esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion,

que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegria la proposicion del capitan, el qual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, señores, que yo soi hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegria al verse con un heredero, y mi madre quiso criarme con su propia leche. Vivia entonces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al rei muchos años, y no se embarazaba en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dexaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez, no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdia el tiempo. Mi

padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; quando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los quales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, quando valiéndome de la libertad que tenia para decir quanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entonces mi madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura exclamaba: ¡oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aún no tenia ningun maestro. Diéronme finalmente uno,

pero mandándole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. Á lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvióme de poco esta permision, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: tenianle por un hombre brutal, y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fui á quejar del maestro porque me habia desollado; inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fui desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura.

Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los quales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perficionó en la ciencia del mundo. Á fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera el gusto, que á excepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Quando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fue á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, quando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el centro de mi familia fue donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, quanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habiamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa,

cada uno robaba en su casa todo lo que podia, y quando esto no alcanzaba nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á exercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que estan anexos á ella.

Quando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dixo asi: señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produxo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fue carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la ciudad; mi madre no era mas dulce que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á qual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí,

y las mas veces me castigaban sin razon. Quando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enebréme alli con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente felíz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria.* Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justi-

la que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos, que ponian en contribucion á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas dulce, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, quando me hallo hoi con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dixo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una paisana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavia moza, bien parecida, aseada y mui robusta, la buscaron para que diese leche á cierto niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la proposicion, y fue á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, quan-

do observó que él y yo eramos algo parecidos, y esta observacion la excitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo la agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la superchería. De suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de D. Diego de Herrera fue enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre baxo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito facilmente se dexaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que los habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos: y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me dieron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor. Yo fui uno de estos. Tenia poca disposicion para los exercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar en la caballeriza y en la cocina. Pe-

ro el juego no fue mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Hacíala el amor con tan poca cautela, que hasta el mismo D. Rodrigo lo conoció. Reprendióme agriamente, afeándome la baxeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de su casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerías á la muger de D. Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya, saquéla de ella á la mitad del dia, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casamos solemnemente, asi por dar este despique mas á los Herreras, como por dexar á los hijos de familia un exemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que

D. Rodrigo habia muerto. No fui insensible á esta muerte. Partí prontamente á Sevilla para apoderarme de su herencia, pero hallé las cosas mui mudadas. Mi madre ya no exîstia, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del cura, y de otros varios testigos. El hijo de Don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegria, quanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, baxo cuya disciplina dí principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion mui austéra, de la qual habia apostatado algunos años despues. En fin todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y quando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion,

y propusieron varios proyectos para la próxîma campaña; sobre los quales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron todos sus velas, y cada uno se retiró á su quarto. Yo seguí al capitan Rolando hasta el suyo, y mientras le ayudaba á desnudar, ahora bien, Gil Blas, me dixo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tédio, ni á la envidia. Jamas se oye aqui discordia ni disension: estamos mas unidos que los frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida mui agradable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones.

CAPÍTULO VI.

DEL INTENTO DE ESCAPARSE GIL BLAS, Y SUCESO DE SU TENTATIVA.

Despues que el capitan de vandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama, y yo levanté la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuime despues á la cocina, donde Domingo (asi se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenan-

do. Aunque no sentia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado; y viéndome tan triste, como era regular estado, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuían mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, quando aqui está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dixo el viejo negro con una voz mui grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fue á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me conduxo á un zaquizamí, que servia de cementerio á los ladrones que mo-

rian de muerte natural, donde ví un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu quarto, me dixo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debaxo de ella: él se dexó morir en la flor de su edad. No seas tú tan simple que imites su exemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la lámpara en tierra, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, quanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh cielo! exclamé. ¿Habrá situacion mas infelíz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastára hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, y á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian mui dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia venido á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber te-

nido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes de verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos llantos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo. ¿Será por ventura imposible encontrar modo para escaparme de aqui? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos esten profundamente dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde baxé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probarémos. No quiero omitir á nada de quanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion me levanté quando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi camarote, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dexó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revuel-

tas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fui marchando, y acercándome á la trampa con cierta alegria mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento, que al entrar no habia advertido, por estar abierta la reja. Con todo no dexé de probar si podia abrir el candado. Exâminé la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, quando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buei. Dí un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atras ví al maldito negro en camisa, con una linterna sorda en una mano, y con el instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Ola, bribonzuelo! me dixo: ¿querias escaparte? no, amigo, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Quando atrapamos á alguno, le guardamos aqui, mal que le pese, y si

logra escaparse, ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los quales se levantaron y vistieron á toda prisa, creyendo que la santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pie. Toman sus espadas y carabinas, y medio desnudos acuden adonde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el orígen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo asi, Gil Blas, me dixo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueras cartuxo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por S. Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus quartos; el viejo negro mui glorioso de su expedicion se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir

en mi cementerio; pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPÍTULO VII.

DE LO QUE HIZO GIL BLAS, NO PUDIENDO HACER OTRA COSA.

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Mostrabame mui alegre quando les daba de beber, y de quando en quando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce

á la gente al principio ; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban mui contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion: señores, les dixe, permítanme ustedes que les descubra mi corazon. Desde que estoi en su compañía no me conozco á mí mismo; paréceme que no soi el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas expediciones. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en exercer mi oficio de copero. A la verdad quedé

mui fortificado; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en algunas de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba mui alerta, tanto que no bastarian cien Orféos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor circunspeccion, porque el negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Asi pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescripto para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llégó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dixo á sus camaradas: caballeros, es preciso cumplir la palabra

que dimos al pobre Gil Blas. Á mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soi de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exônorado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla mui usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo qual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPÍTULO VIII.

ACOMPAÑA GIL BLAS Á LOS LADRONES, Y EMPIEZA SU EXPEDICION EN LOS CAMINOS REALES.

Acia el fin de una noche de setiembre salí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian cogido al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, quando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, quando descubrimos un religioso montado en una mui mala mula: ¡bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el capitan; hé aqui el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á exâminar el bolsillo de aquel fraile: veremos cómo se porta. Todos los ca-

maradas convinieron efectivamente que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, dixe, que quedaréis contentos. Voi á despojar á aquel padre, y á dexarle tan desnudo como la mano, y traer aqui su mula. Eso no, dixo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo, y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y enderecéme ácia el religioso, pidiendo al cielo que me perdonase la accion que iba á executar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido mui mal; y asi no me atreví á exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Detúvose un poco á considerarme, y sin mostrarse mui sobresaltado: mui mozo eres, hijo mio (me dixo con voz melosa y bastantemente entera), y mui temprano te has

puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrára haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen religioso, que no podia comprehender el sentido de lo que yo hablaba): ¿qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infelíz estado en que te hallas. Oh, padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome ese trabajo, y déxese de moral, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡Dinero! me dixo mui maravillado. Mal conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi profesion y mi carácter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan honradamente, nos tratan mui bien, y quando partimos solo nos piden nuestras oraciones. En fin nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos abandonamos enteramente á la providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos. Mis compañeros me estan esperando en aquel bosque: eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras que pronuncié co-

lérico, y amenazándole, el buen religioso mostró temer por su vida. Espera, me dixo, que voi á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es inútil toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debaxo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dexó caer en el suelo. Díxele entonces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió quatro espuelazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, pareciéndome tan caroña como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida al caritativo aviso, comenzó desde luego á tomar buen trote. Apenas el fraile se alejó de mí, quando me apeé; recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á ganar el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme, segun se apresuraban en abrazarme. Animo, Gil Blas, me dixo Rolando, ¡has hecho maravillas! Durante tu expedicion no apartamos los ojos de ti; observé tu firmeza, tu resolucion, con todos tus mo-

vimientos, y desde luego te pronostíco que con el tiempo serás un heróico ladron y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dexar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para desempeñarle.

Despues que alabaron tanto mas, quanto menos lo merecia la villana accion que habia hecho, les vino la curiosidad de exâminar la presa. Veamos, dixeron, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y con algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. ¡Vive Dios! exclamó el teniente, que todos debemos estar mui obligados al señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser mui saludable á la compañía. A esta bufonada

se siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata se divirtieron con mil impias truhanerias sobre la materia, diciendo cosazas que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones, que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dixo, aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas finos y mas chuscos que tú.

CAPÍTULO IX.

DEL SERIO LANCE QUE SE SIGUIÓ Á LA AVENTURA DEL FRAILE.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia, sin haber visto pasagero alguno que supliese el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos á que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, quando descubrimos á larga distancia un coche ti-

rado de quatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para consultar lo que se habia de hacer; y la resolucion fue que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un universal temblor, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla enmedio del capitan y el teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y me dixo en voz bronca: oyes, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, con un pistoletazo te levanto la tapa de los sesos. Estaba mui persuadido á que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso: y asi solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entretanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de páxaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos estaban armados; y mientras se disponian á recibirnos, saltó de la carroza un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los tres. Aunque eran solos quatro contra nueve, se avanzaron á nosotros con tal brio, que se aumentó mucho mi miedo y mi temor. No por eso dexé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas por contar las cosas como pasaron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veía; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectácu-

lo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetadas y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *¡vitoria! ¡vitoria!* Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el teniente fue tambien herido, pero mui ligeramente, pues el golpe apenas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aún no habia vuelto en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa. Lo primero que hicimos fue asegurarnos de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian des-

carreado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargamos con las maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por órden del capitan, la qual aún no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dexando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preseas.

CAPÍTULO X.

DE QUÉ MODO SE PORTARON LOS VANDOLEROS CON LA SEÑORA DESMAYADA. GRAN PROYECTO DE GIL BLAS, Y SUCESO QUE TUVO.

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fue meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacia

tres dias que estaba en cama, rendido á los dolores de la gota, y á un fiero rehumatismo, que apenas le dexaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dexamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina para cuidar de la dama, que estaba rodeada de las sombras de la muerte. Hicímoslo tan bien, que logramos volviese del desmayo. Mas quando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasía, todo se veía pintado en sus ojos, que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan pareciéndole mejor abandonarla á sí misma, que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dexándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros al salon, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció las heridas del teniente y de su compañero, y les aplicó no sé qué bálsamo. Hecha esta operacion se pasó al exâmen de lo que habia en las maletas. Halláronse algunas llenas de telas y de encaxes, otras de vestidos, y la última que se registró contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este exâmen, la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego cayó la conversacion en nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dixo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fe; pero déxenme ustedes hacer dos ó tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un Paladin. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo se le debe perdonar, porque la accion fue mui viva, y para un mozo que jamas habia visto el fuego, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habiamos traido, y resolvióse que el dia siguiente iriamos todos á ven-

derlos en Mansilla, donde verisimilmente no habria llegado todavia la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina para ver á la pobre dama. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve soplo de vida, algunos ladrones no dexaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos si el capitan no los hubiera contenido, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la hacia poco menos que insensible. El respeto que tenian al capitan refrenó su incontinencia. Sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la dama, y aun despues de su muerte no estaria seguro su honor.

Dexamos en tan triste situacion á aquella infelíz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada qual á nuestro quarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, quando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo

me parecia ser su suerte mas deplorable. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan vivamente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin despues de haber llorado su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y que la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me recalentó la imaginacion, y me hizo concebir un proyecto que digerí mui bien, y despues dí principio á su execucion en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y en gemidos: pasé despues á levantar la voz, dando gritos y dolorosos alaridos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi quarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo una horrible cólica; y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome extrañamente. He-

cho esto, de repente me quedé mui tranquílo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolverme en la cama, y á retorcerme los brazos. En una palabra, representé con tanta destreza mi papel, que los ladrones no obstante ser tan finos y tan astutos se dexaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Asi pues todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traia una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro, á pesar mio, me aplicaba una lavativa de aceite de almendras dulces; otro iba á calentar servilletas, y casi abrasando me las ponia sobre la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis clamores á la violencia del cólico, y me hacian sufrir dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin no pudiendo ya sufrir mas, me ví obligado á decir que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de fatigarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á socorrerme.

Duró esta escena casi tres horas, y

to en el mismo sitio me pareció que estaba aún mas atento á mirarme: esto me dió golpe. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró que descubria en él algunos rasgos y alguna idea del desgraciado Don Alvaro. Esta aparicion excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entonces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríla la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, señora, me dixo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aqui con el disfraz de labrador, pues ni se hace creible que aún viva. Yo misma, añadió, voi ahora al jardin á ver á ese hombre, y me informaré quién es: volveré en un momento á desengañaros. Partió al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi quarto mui alterada: señora, me dixo, vuestra sospecha fue demasiadamente bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo D. Alva-

ro. Luego se me descubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entonces, porque el marques habia partido á Burgos, y asi dixe á Inés que le conduxese á mi quarto por una escalera secreta. Ya se dexa conocer la agitacion en que me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme quanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Asi él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, señora, me dixo D. Álvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo empeño que contraxisteis. Sé mui bien que todo fue movido por vuestra parentela; y tampoco ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoi informado de la voz de mi muerte, esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, quanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Final-

mente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de::: ¡Ah, D. Álvaro! le interrumpí yo anegada en llanto: ¿porqué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa, puesto que vivís. ¡Desdichada de mi! ¡Oxalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con D. Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía, replicó D. Álvaro en un tono que mostraba bien quánto le habian penetrado mis lágrimas, yo no me quejo de ti, antes bien lejos de darte en cara con la brillantez en que te veo, juro que doi al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fue una cadena de desdichas, y por colmo de ellas nunca me fue posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor se me representaba continuamente la fatal situacion á que yo te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía nadando en lágrimas. Esta consideracion era el mayor de mis tormentos. Con-

fieso que algunas veces reputaba por delito la fortuna de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á qualquiera otro de mis competidores, quando hacia reflexîon á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Mientras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor quise absolutamente volver á verte. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo deseo, y conseguida mi libertad volví á Valladolid disfrazado en este trage, á riesgo de ser conocido y descubierto. Alli me informé de todo, y vine á este castillo, donde hallé modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te imagines que con mi residencia aqui vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á ti mas que á mí mismo. Respeto tu reposo, y acabada esta conversacion parto lejos de este sitio á poner fin á mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, D. Álvaro, no, exclamé al oirle estas palabras. No sufriré que segunda vez me abandones: quiero partir conti-

go, y solamente la muerte nos podrá separar. Creeme á mí, Mencía, me replicó, vive con D. Ambrosio, y no quieras asociarte á mis desdichas; dexa que cargue yo solo con todo su peso. Añadia á esta otras razones semejantes; pero quanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dixo: Mencía, pues todavia amas tanto á D. Álvaro que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallarémos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aún me quedan algunos tan verdaderos, que me han puesto en estado de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos resueltos y valerosos. Todos estan armados de carabinas y pistolas, y todos con el equipage esperan mi aviso en el lugar de Rodillas.

Aprovechémonos de la ausencia de Don Ambrosio. Voi á dar órden de que traigan el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partirémos. Á todo dí mi consentimiento: voló D. Álvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis mugeres, las quales atemorizadas se escaparon donde pudieron. Solo Inés estaba informada de todo; pero no quiso juntar su suerte á la mia, porque estaba enamorada de un page de D. Ambrosio; lo que demuestra que la lei de los mas fieles criados no está á prueba del amor. Entré en el coche con D. Álvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y algunas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marques quando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendriamos la fortuna de llegar allá. Temiamos con razon que al volver de Burgos D. Ambrosio viniese en seguimiento nuestro acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucederia lo mismo en la terçera jornada, y caminá-

bamos tranquilamente. Contábame Don Álvaro la triste aventura que habia dado ocasion á la voz esparcida de su muerte, y el modo con que habia recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, quando encontramos en el camino los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora se desprende de mis ojos.

CAPÍTULO XII.

DEL MODO POCO GUSTOSO CON QUE FUE INTERRUMPIDA LA CONVERSACION DE LA DAMA Y DE GIL BLAS.

Con efecto se deshacia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dexéla dar toda libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural cosa es interesarse en el dolor de los infelices, y mui particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos, y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion.

Oímos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el quarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fue un caballerito mozo que venia en compañía del corregidor: paróse á mirar mui de espacio y mui de cerca mi vestido; y despues de alguna suspension exclamó diciendo: vive el cielo que esta es mi mismísima casaca; la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra, que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquel discurso me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente quedé sorprendido y desconcertado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veía, hizo juicio que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la dama podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos en quartos separados. No era este juez de aquellos que tienen

un semblante grave y ceñudo; antes bien mostraba un rostro alegre y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision vino á ella con sus dos precursores; esto es, con sus alguaciles, los quales, segun su buena costumbre, empezaron registrándome bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. Á cada puñado de doblones que me sacaban estaba viendo que centelleaban sus ojos de alegria. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia en un tono de miel y dulzura, no extrañes ni tengas recelo de lo que executamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron poco á poco aliviando del peso á mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones; quiero decir, los quarenta ducados de mi tio. Registráronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome revolver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver

si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exâctamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingénuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dexándome desnudo sobre el santo suelo.

¡Oh vida humana! exclamé quando me ví solo en aquel miserable estado. ¡Qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro quando entro en otro. Al llegar á esta ciudad estaba mui lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de tener conocimientos con su corregidor. Haciendo estas reflexîones inútiles me vestí la maldita casaca y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y confortándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dixe, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber he-

cho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ai! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjeo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, quando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un páxaro á quien cortaron las alas.

En lugar de la liebre y de la perdíz que habia mandado disponer me traxeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dexándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Quando le veía afectaba quererle hablar y trabar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á quanto le preguntaba. Jamas me fue posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimosexto dia se dexó ver el corregidor, y me dixo: ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la dama que venia contigo, exâminéla sobre quién eras y sobre tu conducta, y sus respues-

tas te descargaron. Hoi mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoi esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer, y apenas habia acabado mi cumplido quando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo que le obligasen á restituir el dinero que le habian dado si confesaba que me conocia, negó descaradamente que jamas me hubiese visto hasta aquel instante. ¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y da ese testimonio á la verdad. Mírame bien. Yo soi uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió mui friamente que le hablaba una gerigonza que él no enten-

dia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se diferió hasta mejor ocasion. Hijo, me dixo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y asi no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome pues armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavia á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Quando pensaba que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo asi que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterráneo. Todo bien considerado, me decia yo á mí mismo, alli me hallaba menos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la esperanza de poderme escapar algun dia; pero de aqui seré quizá mui feliz si solo puedo salir para ir á galeras á pesar de mi inocencia.

CAPÍTULO XIII.

POR QUÉ CASUALIDAD SALE GIL BLAS DE LA CÁRCEL, Y ADÓNDE SE DIRIGIÓ DESPUES.

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexîones, se esparcieron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado por algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caía á un sucio corral, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fue aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó

como yo por miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la qual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras. Por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra, contóme todo lo que dexo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndoseme al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, que no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dixo: Gil Blas, aunque si fuese yo un juez severo podria detenerte aqui, no

quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estas libre, y puedes salir quando quisieres. Pero dime, prosiguió, ¿si te lleváran al bosque donde estaba el soterráneo, no le podrias descubrir? No señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un paquete de tela, los quales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino, y casi nuevo, y me metieron por la cabeza una especie de chamarreta mui vieja y mui raída, á manera de escapulario; y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la cárcel echándome fuera de ella.

La confusion que padecí al verme en tan mal equipage moderó mucho la alegria que comunmente tienen los presos quando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir la vista del pueblo, que no podia sufrir sin vergüenza y sin rubor; pero pudo mas mi agradecimien-

to. Fui á dar las gracias al cantorcillo ó niño de coro, á quien tenia tanta obligacion. No pudo dexar de reir luego que me vió. Á lo que advierto, dixo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia, le respondí: ella en sí es mui justa. Solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. Á lo menos me pudieran haber dexado mi vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no, dime: ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha de restituir á su primer dueño? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoi persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Burgos á buscar á la dama que liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el qual

compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoi lejos de aquella ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aqui tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó y me la puso en las manos con tan buena gracia, que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome de darlas dentro de mi corazon mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida mui frugal, y todavia me restaban algunos reales quando llegué al lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para tomar algu-

nas noticias de Doña Mencía. Entré en un meson, cuya mesonera era una muger pequeña, mui enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un quarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me presentaron. Durante la comida, que era mui correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda. Preguntéla si conocia al marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió mui desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y de mui mala gracia, diciendo que la casa de campo de D. Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un quarto. ¡Un quarto para él! me dixo la mesonera, mirándome fixamente con fiereza y con desprecio. ¡Un quarto para él! Mis quartos los reservo yo para gentes que

no comen pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas, porque estoi esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á dormir aqui esta noche. Lo mas con que te puedo servir es con el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra; abracé sábiamente el partido que me proponia; fuime al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que yá estaba hecho á la fatiga.

CAPÍTULO XIV.

RECIBIMIENTO QUE LE HIZO EN BURGOS DOÑA MENCÍA.

No fui perezoso en levantarme al dia siguiente. Fui á ajustar mi cuenta con la huéspeda, que ya estaba en pie, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados alguaciles de la santa Hermandad, que con mucha familiaridad se estaban bufoneando con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban ocupadas todas las ca-

mas. Pregunté en el lugar por el camino que guiaba al castillo ó casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que D. Ambrosio habia muerto tres semanas antes, y que la marquesa su muger se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé derecho á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo, volé en derechura al monasterio donde me dixeron que se hallaba Doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella dama que deseaba ponerse á sus pies un mozo recien salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fue á darla el recado la tornera. Volvió ésta, y me hizo entrar en un locutorio, donde dentro de poco ví llegar mui enlutada á Doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me dixo aquella viuda con modo mui afable. Quatro dias há que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole que te fuese á visitar, y que de mi parte te rogase me vinieses á ver inmediatamente que

salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dixe al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya estabas libre con efecto, pero que no se sabia dónde te hallabas, ni dónde habias ido á parar. Temí no volverte á ver mas, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate, añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable trage: no te dé pena alguna el hallarte en el infelíz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo si no hiciera algo por ti. Dios me ha dado lo bastante para poder corresponderte sin incomodarme.

Las aventuras, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos en prision ya las sabes como yo: ahora voi á contarte lo que me sucedió desde entonces. Hice al corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola oido dispuso que me conduxesen á Burgos, y me entregasen á D. Ambrosio. Causó mi arribo una general y extremada admiracion, pero me dixeron

que ya venia tarde, porque el marques, profundamente herido de mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperanzaban de su vida. Esta triste noticia fue un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su quarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado de dolor. ¿Quién te ha traido aqui? me dixo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como D. Álvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego soterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar quando me alar-

gó amorosamente la mano, y me dixo con ternura: basta, hija; ya no me quejo de ti. ¡Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo, á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga al sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesábais á tu querido y verdadero esposo. En fin te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa has vuelto á ganar toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ai! quán poco me durará uno y otro. Conozco que mi última hora se me va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, quando me será necesario arrancarme de ti con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, prorumpiendo en una afliccion desmesurada. Aunque he adorado á D. Álvaro, no

lloré tanto por él. Murió D. Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soi todavia moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo gusto por el mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fue el discurso de Doña Mencía; acabado el qual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero que se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Dí mil gracias á la dama, y la juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fui á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré: pedí un quarto, y para precaver el mal concepto que por la chamarreta se podia formar de mí, dixe al mesonero,

que aunque me veía en aquellos pobres trapos tenia con qué pagar el gasto. Al oir estas palabras el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente un grandísimo bufon, mirándome y exâminándome atentamente de pies á cabeza, me dixo con cierto aire maligno y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de noble, que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dexé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades saqué mi bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, cuyas monedas le obligaron á juzgar mas favorablemente de mí. Roguéle que me hiciese venir algun sastre, á lo qual me replicó que seria mejor llamar á algun ropero, el qual traeria diferentes vestidos de todas especies para que escogiese el que me pareciera mejor, con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche dilaté este negocio has.

ta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

CAPÍTULO XV.

DE QUÉ MODO SE VISTIÓ GIL BLAS; DEL NUEVO REGALO QUE LE HIZO LA DAMA, Y DEL EQUIPAGE EN QUE SALIÓ DE BURGOS.

Sirviéronme un copioso plato de manecillas de carnero fritas, y le comí casi todo. Bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era ésta mui decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger; ¿qué haré, decia, seguiré mi primer intento de comprar una sotana y hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? ¿Pero á qué fin vestirme de estudiante? ¿he de seguir acaso el estado eclesiástico, ni tengo vocacion? Nada de eso. Mis inclinaciones son mui contrarias á la santidad que pide. ¡Pues alto! quiero ceñir espada, y

procurar hacer fortuna en el mundo.

Resolví pues vestirme de caballero, bien persuadido que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeras esperanzas estuve aguardando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz quando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson, que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavia en cama, y me respondieron, echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí órden que me traxesen el ropero. No tardó en llegar éste con dos mozos cargados cada uno con un gran saco. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dixo: caballero, ha tenido vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro. No quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion. Mas aqui para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia; todos son mas duros que judios. Yo soi el único de mi oficio que la tiene. Me ciño á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada quarto: equivoquéme, quise decir con un quarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los fardos. Mostráronme vestidos de todos géneros y colores: muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí, el qual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de casaca, chupa y calzones, la casaca con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí éste, y pregunté el precio. El prendero que conoció quánto me agradaba, me dixo: en verdad que es vmd. un señor de gusto mui delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa vmd. que ese vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que solo le usó tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré de la bordadura? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿quánto quieres por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien (Á la verdad la

imprecacion era convincente). Yo le ofrecí quarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soi hombre que pido mas de lo justo, ni rebaxo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para irritarme mas la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebaxaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le conté sus sesenta ducados. Quando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin contento de haber ganado á real por quarto, se despidió con sus mozos, á los quales tampoco dexé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con casaca, chupa y calzones mui preciosos, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me ocupó toda la mañana. Compré lienzo, sombrero, medias de seda, zapatos y un espadin. Vestíme inmediata-

mente; ¡pero qué gozo fue el mio quando me ví tan bien equipado! Ningun pabo real se complació nunca tanto al mirar y remirar el dorado plumage de su cola. En aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la qual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que la habia hecho, y á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio quando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo mucho mas considerable. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la dama, me restituí al meson haciendo mil kalendarios; pero apenas llegué á la posada quando entró en ella un hombre que venia tras de mí, el qual desembozando la càpa mostró un talego bastantemente largo que traía baxo el sobaco. Quando ví el talego, que parecia lleno de moneda, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz

de un serafin quando aquel hombre me dixo poniendo el talego sobre la una mesa: señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplíca á vmd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil profundas reverencias al portador, atestéle de cortesías, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilán sobre su presa; y llevémele á mi quarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados en él. Acababa de contarlos quando el mesonero que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que contenia el talego. Dióle mucho golpe la vista de tanta plata, y exclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y quánto dinero! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. ¡Apenas há veinte y quatro horas que estais en Burgos, y ya poneis en contribucion á las marquesas!

No me desagradó esta sospecha; y estuve tentado á dexar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. Yo no me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí

la inocencia que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis negocios, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire serio, me dixo: señor Gil Blas, confieso que desde que ví á vmd. le cobré particular inclinacion; y pues le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponderle diciéndole sin lisonja lo que siento. Á mí me parece que vmd. es un hombre nacido para la corte, y asi le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, procurando mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos; sin lo qual perderá vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del zelo y de la lealtad de un hombre de bien: solo estiman las personas que le son necesarias para sus fines. Demas de esto tiene vmd. otro recurso: es buen mozo, bien hecho, galan, y esto aun quando fuera un hombre

sin talento, bastaba y sobraba para encaprichar á su favor alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien hacer ricos á los que eran pobres. Soi pues de parecer que vaya vmd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion; pues alli, como en todas partes, se juzga de las personas no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y vmd. solamente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle un criado, mozo, fiel, cuerdo y prudente; en fin un hombre de mi mano. Compre vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo parta lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díxome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fue que siendo los demas criados por lo comun mui interesados, éste no se paraba en pedir gran salario. Díxome que en este

punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

CAPÍTULO XVI.

DONDE SE VE QUE NINGUNO DEBE FIARSE MUCHO DE LA PROSPERIDAD.

Dormimos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámonos en un meson que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fue á cuidar las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la manga al quarto que me señalaron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido que de una iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su

devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi quarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un escudero, y un negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido; quando la dama despues de hacerme una airosa y profunda reverencia me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, quando se desprendió del escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegria, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo, exclamó, por tan dichosísimo encuentro! Á vmd., señor caballero, á vmd. venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parasito de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella dama era una solemne embustera ó una descarada petardista; pero lo que añadió me obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soi, me dixo, prima hermana de Doña Mencía Mosquera, que debe á vmd. tantas obli-

gaciones. He recibido hoi mismo una carta suya, en que me participa el viage de vmd. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas há que ando corriendo por toda ella, yendo de meson en meson á informarme de los forasteros que se han apeado en ellos; y por la relacion que me hizo de vmd. el mesonero conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero hacerle ver lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencia. Me hará vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Pretendí excusarme, representando á la dama que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fue preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia dexado á la puerta del meson su coche, que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de que se acomodase en la zaga la manga y todo mi equipage, porque en Valladolid, dixo, hai muchísimos bribones; lo qual era demasiadamente cierto. En fin tomamos el coche ella y

yo, con su viejo rodrigon; y me dexé sacar del meson de esta manera, con gran disgusto del mesonero, que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Despues de haber girado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, donde subimos á un salon bien adornado é iluminado con veinte ó treinta bugías. Habia tambien muchos criados, á quienes preguntó la dama si habia venido D. Rafael. Respondiéronla que no; y ella me dixo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoi esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aqui. ¡Quál será su gusto y su sorpresa quando se encuentre en su casa con un huésped á quien está tan obligada toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras oímos ruido, y supimos que le causaba el arribo de D. Rafael. Dexóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle, y mui airoso. Hermano, le dixo la dama, no sabes quánto me alegro de que hayas vuelto. Tú me ayudarás á cortejar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca acertarémos

á pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla D. Rafael, y leyó en voz alta lo siguiente.

Querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que acaba de partir á la corte, me salvó el honor y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplíco, menos por el vínculo de la sangre, que por el mas estrecho de la amistad que nos une, le cortejes y obsequies quanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero que no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de ti y del primo D. Rafael todo género de obsequios. Burgos &c. Tu amante prima = Doña Mencía.

¡Cómo asi! exclamó D. Rafael luego que leyó la carta, ¡es posible sea éste el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida la parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dixo: ¡oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aqui. Sabemos mui bien mi her-

mana y yo cómo debiamos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda la parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones y á otras muchas que se siguieron acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues D. Rafael que todavia tenia puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al quarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes entretanto cenábamos me dixeron mil expresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de quanto habia en la mesa. D. Rafael brindaba freqüentemente á la salud de Doña Meneía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo se tomaba su tiempo, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bas-

tóme esto para persuadirme que ya era conquista mia aquella dama, y para resolver aprovecharme del descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. En virtud de esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Estimaron mucho mi condescendencia; y la particular alegria que mostró Doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre mui de su gusto.

Viéndome D. Rafael determinado á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que habia de proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertirémos en la caza, otras en la pesca; y si vmd. gusta de pasearse encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Ademas de esto no nos faltará gente ni buena compañía; y espero que no echará vmd. menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente partiriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y D. Rafael

transportado de alegria me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dexo á vmd. con mi hermana, yo voi á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del quarto, y yo quedé á solas con la dama dándola conversacion, en la qual no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dixo: parece mui lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende vmd. de pedrerías? respondíla que no: lo siento, me replicó ella; porque si lo entendiera me diria quánto vale ésta; mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y mientras yo le consideraba, añadió: regalómele un tio mio que fue gobernador en Filipinas, y los joyeros y plateros de Valladolid le estiman en trescientos doblones. Lo creo, repliqué yo, porque me parece excelente. Pues ya que á vmd. le gusta, repuso ella, quiero hacer un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y nove-

dad, me apretó la mano, y me miró con ternura: hecho lo qual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse explicado con sobrada claridad.

Aunque era yo entonces un cortejante de los mas novicios, no por eso dexé de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en el campo. Lleno de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el quarto donde habia de dormir, previniendo á mi criado que me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rúbí. Gracias á Dios, decia, que si antes fui miserable, ya no lo soi. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra es un decente fondo para vandearme con él algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, quando tan pronta y tan fácilmente se rindió Camila. Venianseme á la imaginacion todas las expresiones y

acciones de aquella dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que D. Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo esto, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y asi sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubise despertado habiéndoselo mandado; pero dixe entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna iglesia, ó le habrá hoi cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz mui esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dixo: ¿á quién llama vmd., señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es ésta la de

D. Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el huésped: solo se que esta casa es una posada, que yo soi su dueño, y que una hora antes que llegase vmd. aquella dama con quien cenó anoche vino á pedirme un buen quarto para un caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí éste, habiéndomelo pagado anticipadamente.

Caí entonces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de D. Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y eché mil maldiciones á mi estrella. El posadero á quien conté mi aventura (de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta

parte en él como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardía.

CAPÍTULO XVII.

EL PARTIDO QUE TOMÓ GIL BLAS DE RESULTAS DEL TRISTE SUCESO DE LA POSADA.

Despues de haber llorado bien, pero inútilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexîones, y saqué de ellas que en lugar de entregarme á la desesperacion y desaliento debia animarme á combatir contra mi mala suerte. Volví pues á despertar mi valor, y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doi gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se hayan llevado tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras, y les agradecia haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dexarme mis botînes, los que vendí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hati-

llo. Lo primero que hice fue ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y oxalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido gran cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco á mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto era abusar de su bondad, y que ademas me tendria por una bestia, deseché este pensamiento. Juré sí que en adelante me guardaria bien de las mugeres, y por entonces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De quando en quando volvia los ojos ácia mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero entiendo y conozco bien la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para co-

nocer que yo soi un pobre mentecato.

Con todo no quise dexar de ir á saber lo que valia mi sortija, y la presenté á un lapidario, que la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa dí á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les repetí el don que mil veces les habia hecho. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á considerarme y mirarme fixamente. Yo no me pude acordar tan presto de él, aunque en otro tiempo le habia conocido perfectamente. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dixo; ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de lógica, y de quántas veces argüimos los dos en casa del doctor Godinez sobre los universales y los grados metafisicos.

Antes que acabase de hablar habia caido ya en cuenta de quién era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admiracion y de alegria. ¡Ah querido amigo: prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan felíz! ¡Y quánto me alegro de volverte á ver! ¡Pero en qué

equipage te veo! ¡Vive el cielo que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon, chupa y casaca de terciopelo, bordadas de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan felíz como la imaginas. Á otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer del reservado; pero á mí, que las vendo. Díme por vida tuya: ese bellísimo rubí que brilla tanto en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el Adonis de las mugeres de Valladolid he sido su dominguillo. . . .

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció mui bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dixese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexô. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Alli nos desayunamos, y mien-

tras tanto yo le hice puntual relacion de quanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Confesó que mis aventuras eran mui extrañas, y despues de protestarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dixo: amigo, es menester consolarnos y confortarnos en todas las desgracias de la vida. Esto es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vése un hombre de espíritu reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas felíz. *Nunca* (dice Ciceron) *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soi de este carácter. Las desgracias no me acobardan; sé superarlas, y sé vencer los golpes de la mala fortuna. Por exemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su padre, negómela como era regular. Qualquiera otro se hubiera muerto de dolor; pero yo (admira la fuerza de mi espíritu) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada y alegre sobremanera, por consiguiente pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses

paseándonos por Galicia ; y llegó á tal punto su pasion de viajar, que resolvió irse á Portugal, pero tomó otro compañero para el viage plantándome á mí. Si no fuera el que soi me hubiera desesperado, y me hubiera rendido al peso de esta nueva desgracia, pero no me dió gana de hacerlo. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar discusiones con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugár en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa ; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, del qual tuve que comprar un par de zapatos: con el resto hubo para pocos dias. Víme embarazado en aquella situacion. Comenzaba yo á hacer dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví pues ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un mercader de paños, que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro

asilo contra la abstinencia; pero al mismo tiempo me hallé en un grande embarazo. Mandóme el padre que espiase al hijo: suplicóme el hijo que le ayudase á engañar al padre. Era preciso resolverme, y obrar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor viejo, el qual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dexaba morir de hambre. Y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo me acomodé con un administrador del Hospital. Con él estoi todavia, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo pensó en el bien de los pobres, y les tiene tanto apego y amor, que se ha dedicado á su administracion con un zelo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa. ¡Todo ha prosperado en sus manos! ¡Qué bendicion del cielo! Él se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso le dixe: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero hablando en confianza, ¡paréceme que podias hacer otro papel en el mundo! Un mozo de tu talento debia pensar en mayor suerte. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber, que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de lacayo es penoso para uno que tenga poco meollo; mas para un mozo resuelto tiene grandes atractivos. Un genio superior que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre mentecato. Entra menos á servir que á mandar en casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y ételе que ya le tiene agarrado por la naríz. De esta manera me he conducido con mi administrador. Desde luego conocí de qué pie coxeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta. Y aún hice mas: procuré imitarle representando con él el mismo papel que él representaba con los demas: engañé al

engañador, y poco á poco vine á ser su testaferro, y como su primer ministro. Baxo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia correrán por mi cuenta los bienes de los pobres. Me siento con tanto amor por ellos como el que les tiene mi amo; ¿y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué yo: doite mil parabienes por ellas. Mas por lo que toca á mí vuélvome á mis primeros pensamientos. Voi á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu edad? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Exâminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por

tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, se te irá todo el dia en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle quando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza ó la decencia. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion, ¿qué premio te espera? Si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á ti te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Asi pues no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de lácayo, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como hijo de la casa duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no mui lucida, pero mui provechosa

carrera de criados. Creeme, desecha para siempre el pensamiento de preceptor, y sigue mi exemplo. Sea asi, Fabricio, le respondí; pero no se encuentran todos los dias administradores como el que tú has hallado. Y si yo me resolviera á servir, quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. ¡Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo de mi cuenta el encontrártele, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxîma miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dixo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de quanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro mui exâcto lleva razon, no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos; en fin él fue quien

me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, quando llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baxa, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de mas de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien por estar acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz groseramente. No se alzó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con particular atencion. Conocí mui bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese servir de lacayo, quando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dixo al punto: señor Arias de Londoña, aqui le presento á vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele vmd. una buena conveniencia, contan-

do seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen montes y morenas; pero despues de bien acomodados, servitor amigo, y de todo se olvidan. ¿Cómo qué? replicó Fabricio: ¿está vmd. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Pudieras haberte portado mejor. Tu conveniencia equivale á la de primer oficial de qualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entonces la palabra, y para que conociese el tio Arias que no servia á un ingrato quise que el agradecimiento fuese delante del favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi correspondencia como me acomodase en buena casa.

Mostróse contento de mi procedimiento, diciendo: asi gusto yo de que se trate conmigo. Hai vacantes excelentes puestos: leerélos, y vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó asi. Necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, fantástico y bru-

tal. Gruñe sin cesar, jura, patea, y suele estropear á los criados. Pase vmd. adelante, dixe yo prontamente, no me gusta el señor capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, viuda, ya entrada en edad, agria de genio, descontentadiza y caprichosa, se halla sin lacayo. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede sufrir un dia entero. Diez años há que solo hai en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó chicos. Se puede decir que no hacen mas que probarla, y todavia está nueva, aunque la han vestido dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y buenos salarios; pero suele experimentar en ellos sus remedios, y se observa que en casa de este químico hai siempre vacantes muchas plazas de lacayos.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavia no las he leido todas, y puede ha-

ber alguna que contente. Diciendo esto prosiguió su letura de esta manera. Tres semanas há que está sin lacayo Doña Alfonsa de Solís: es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí á su criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Sedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo. Alto ahi, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á este puesto nos atenemos: el canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa con título de ama una vieja beata, que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se da un trato mui honrado á la familia. Fuera de eso el canónigo es un señor enfermizo, viejo, gotoso, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose ácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar, y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto, por no malograr la

ocasion, nos despedimos con prisa del señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia me encontraria otra tan buena, y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO I.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENTRA GIL BLAS POR CRIADO DEL LICENCIADO SEDILLO; ESTADO EN QUE ÉSTE SE HALLABA, Y RETRATO DE SU AMA.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y baxó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Preguntamos si se podria hablar al señor canónigo, quando se dexó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la

edad de discrecion, pero todavia de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda, que ceñía con una ancha correa de cuero, de la qual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. La saludamos con mucho respeto; y nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto, y los ojos baxos.

He sabido, 1 dixo mi camarada, que el señor licenciado Sedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle éste, que espero le dará gusto. Alzó entonces la vista el ama, miróme fixamente, y no acertando á componer mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque tal como vmd. le vé le han sucedido desgracias en su casa que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la qual es digna de ser ama y gobernadora de un patriarca. Al oir esto la buena de la beata

apartó los ojos de mí por volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dixo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, la respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de vmd. Dos veces he entrado en esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital. Justamente, replicó entonces el ama; acuérdome mui bien, ya caigo en cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será vmd. un hombre mui de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era facil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga vmd. conmigo hablará al señor Sedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el qual vivia en un quarto baxo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas mui decentes. Díxonos que esperásemos un momento en la primera mientras iba á avisar al señor canónigo, que

estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dixo que podiamos entrar. Vimos al viejo gotoso repantigado en una silla poltrona, con un gran gorro en la cabeza, una almohada tras de la misma, sobre la qual se apoyaba, y las piernas sobre otro almohadon. Acercámonos á él, sin escasear las reverencias, y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado baxo el magisterio del doctor Godinez en las disputas de filosofia, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo no dexó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran reverencia al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió diciéndome al oido que me quedase alli, y que ya nos veríamos. Apenas habia salido de la sala quando el licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos, sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y D. Rafael los hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le excitó una tan violenta tos, que temí fuese llegada su hora. Aún no habia hecho testamento. Considérese quánto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azogada correr de aqui para alli por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños quando tosen con violencia, frotarle la frente y darle golpecitos en las espaldas, pero al fin todo fue un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo per-

mitió la señora Jacinta por temor que repitiese la tos. Llevóme al guardaropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavia podria servirme. Desde el guardaropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizage baxo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina: bien que no comparable con la señora Jacinta, la qual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Daba al gigote singular gusto, y lo mismo á la chanfaina, y en general á toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Quando estuvo dispuesta la comida volvimos al quarto del canónigo, donde mientras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le acomodaba una servilleta, prendiéndosela con alfileres en las espaldas. Se le sirvió una sopa que se podia presentar al mas famoso director de Madrid, y una fritada que po-

dia avivar el apetito de un virei, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo. Á vista de tan apetitosos bocados, mi buen viejo, que yo creia paralítico de todos sus miembros, dió pruebas de que aún no habia perdido del todo el uso de sus brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Quando ví que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdíz orleada de algunas codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De quando en quando le hacia beber algunos tragos de vino mezclado con agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses. Devoró las pechugas, no perdonando las piernas ni las alas. Siguiéronse los postres; y quando acabó de comer, el

ama le desprendió la servilleta, volvióle á poner la almohada y los almohadones, y dexándole tranquilamente dormir la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida ordinaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo. Pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien, y lo pasaba alegremente. Solo tenia un trabajo no poco pesado para mí. Érame preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia éste una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle camisa con freqüencia. Gil Blas, me dixo á la segunda noche, tú tienes maña y actividad, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y vivas con ella en la mayor armonía. Quince años há que me sirve con un zelo y un amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo; y confiésote que por esto la es-

timo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud, y tratándola de embustera; porque á la gente moza de hoi todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soi hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tiene, y el bien que me hace. Vmd., señor, tiene muchísima razon, le respondí yo; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de ti, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia sufrir, yo solo le hubiera hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas mínimo respeto á la señora Jacinta, y era mui holgazan. Desagradábale

mucho acompañarme de noche, y se le hacia insufrible el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio. No merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun quando sude sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las insinuaciones de la señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia á trabajo ni á fatiga, procuré servir en todo con el mayor zelo y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto mui cuesta arriba. Á no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. Á la verdad descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama, á la qual debo hacer esta justicia, cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procu-

raba yo grangearme su voluntad por todo género de complacencias y respeto. Quando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, tenia yo el mayor cuidado de mudarlas platos, servirlas de beber, y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios vine á ganar su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué provisiones, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion; y la pregunté si vivian todavia su padre y su madre. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo há que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fue mui categórica, y la fui poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dixo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir descubrí yo mediante su sencillez, que la señora tia trataba estrechamente con un su amigo que estaba en casa de otro canónigo viejo, en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos pri-

vilegios disfrutaban de antemano. Ya dexo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de mui buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia tranquílamente, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo, lo que mas contribuia á mantenerla aquel color vivo y fresco era, segun me dixo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

CAPÍTULO II.

DE QUÉ MODO FUE TRATADO EL CANÓNIGO HABIENDO EMPEORADO EN SU ENFERMEDAD; LO QUE SUCEDIÓ, Y LO QUE DEXÓ Á GIL BLAS EN SU TESTAMENTO.

Serví tres meses al señor licenciado Sedillo, sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó mui malo al cabo de este tiempo; excitósele calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió ya á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, que estaba reputado en Valladolid por otro Hipó-

crates. La señora Jacinta hubiera gustado mas de que el canónigo ante todas cosas comenzase por el testamento, y aun le dixo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fui pues á buscar al doctor Sangredo, y condúxele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de quarenta años á lo menos tenia en continuo exercicio la tixera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantíco de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Sus discursos parecian medidos geométricamente, y sus opiniones mui singulares.

Despues de haber observado al enfermo comenzó á hablar asi en tono magistral. Trátase aqui de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda aqui remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas per-

niciosas, inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen ideas para arruinar la naturaleza: yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros: ¿Qué es lo que vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Pastas dulces y viandas suculentas, respondió el canónigo. ¡Pastas dulces y viandas suculentas! exclamó suspenso y admirado el doctor. Ya no me maravillo de que vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para hacerlos perecer con mayor seguridad. Es preciso que vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos que se conformen á su naturaleza. ¿Y bebe vmd. vino? le volvió á preguntar. Sí señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice vmd. aguado! exclamó el doctor. ¡Qué desórden! ¡Qué desarreglo asombroso! Debia vmd. haber muerto cien años há. ¿Y quántos años tiene vmd.? Voi á entrar en los sesenta y nueve, repuso el licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es

fruto de la intemperancia. Si vmd. hubiera bebido solo agua clara toda la vida, y si hubiera usado de alimentos simples, como manzanas asadas, habas ó guisantes, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros exercitarian aún libremente sus respectivas funciones. Con todo eso no desconfio restablecerle como se entregue ciegamente á quanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces me ordenó que fuese prontamente á llamar á un cirujano, que él mismo nombró, y le hizo sacar á mi amo doce buenas onzas de sangre para suplir la falta de transpiracion. Despues dixo al cirujano: maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras doce, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida. Por mucha que se le saque á un enfermo nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni exercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y en otro

la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dexarse sangrar. Despues que el doctor ordenó freqüentes y copiosas sangrías añadió era menester tambien dar á beber al enfermo agua caliente á cada momento, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto levantó la visita, y se fue diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exâctitud. Con efecto inmediatamente pusimos á calentar el agua; y como el doctor nos habia recomendado tanto que fuesemos liberales de ella, luego le hicimos beber dos ó tres quartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volviamos á la carga, de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un diluvio de agua en la barriga. Ayudándonos por

otra parte el cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo en el último trance de la vida.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese; detente, amigo Gil Blas, me dixo con voz lánguida: ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la gran virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre; prueba clara de que el médico mas habil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida quando llegó el término fatal. Anda pues y traeme aqui un escribano, que quiero hacer testamento. Quando oí estas palabras, que ciertamente no me disgustaron, me mostré mui triste, como hace en tales casos todo heredero; y disimulando la gana que tenia de cumplir quanto antes con la comision que me acababa de dar, ¡oh! señor, le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavia no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio; esto

ya se acabó. Estoi viendo que se remonta la gota, y que la muerte se va acercando: ve pues, y haz quanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno á ojos vistos; por lo que persuadido á que la cosa apuraba, partí volando á executar lo que se me habia ordenado, dexando con el enfermo á la señora Jacinta, la qual temia aún mas que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dixe, mi amo el licenciado Sedillo está ya para morir, quiere declarar su última voluntad, y no hai que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonear. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. ¡Vive Dios! repuso él tomando su capa: vamos, vamos aprisa, porque ese doctor es tan expeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha quitado la ganancia de muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que

el enfermo entrase en la agonía; y yo dixe en el camino al escribano: ya sabe vmd. que á un pobre testador quando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á vmd. que si es menester le haga alguna de mi lealtad y de mi zelo. Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y asi por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te dexe alguna manda de consideracion. Quando llegamos á casa hallamos todavia al enfermo despejado y cabal en todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta con la cara bañada en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que la dexase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo, y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al cirujano que venia á hacerle la última sangría. Deténgase, maestro Martin, le dixo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis como gustáreis quando haya acabado.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de

testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita sobre el hombro, y sonriéndose, me dixo: *no nos hemos olvidado de Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle mui de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado el cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exângüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, quandó entró el médico, que quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar quanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrías, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no le habian dado bastante de beber. El executor del soberano medicamento; quiero decir, el cirujano, viendo que ya no se tenia necesidad de su ministerio, se partió tambien siguiendo al doctor Sangredo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos una música de fúnebres alaridos, que fue oida de toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de la curiosidad que de la compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien mui luego, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron á que el canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento revestido de las formalidades necesarias; y quando vieron que el testador dexaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á su nieta, hicieron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, apostrofando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas, que verdaderamente no merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba asi en el artículo del testamento que hablaba conmigo. *Item, por quanto Gil Blas es un*

mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabe de perficionarse, y se haga hombre sabio, le dexo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin excepcion.

No sabia yo dónde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el quarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *cocinero perfecto*; otro trataba *de la indigestion, y del modo de curarla.* Los demas eran las quatro partes del breviario, algo roidas de ratones, mugrientas y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos los mas curiosos eran todos los autos de un pleito que habia litigado el canónigo para entrar en la prebenda. Despues que exâminé mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia acuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la seño-

ra Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPÍTULO III.

ENTRA GIL BLAS Á SERVIR AL DOCTOR SANGREDO, Y SE HACE FAMOSO MÉDICO.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero quando estaba ya mui cerca del rincon donde vivia me encontré con el doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dixo, ahora mismo iba pensando en ti. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como vmd. no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo asi, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás

alegremente, te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y acepté la proposicion del doctor, con la esperanza de hacerme un ilustre médico baxo la disciplina de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase éste á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la qual se reducia toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografia, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme pues á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuario*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo asi, los nombres de los que querian partir de este mundo: ni mas ni menos como en las casas de posta se apuntan

los nombres de los que piden carruage ô caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una loqüela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia mui frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas, con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba mui fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua á discrecion. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios. La salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas,

ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. ¿Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad mui avanzada. Definia la vejez diciendo era una thisis natural, que nos deseca y nos consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que antes bien los desgasta y los destruye, diciendo mui elegantemente que aquel licor, asi para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor y un gusto mui engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una disenteria, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal* y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto a nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era mui

enemigo de este licor para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dixo, hai mil arbitrios para corregir el desabrimiento de las bebidas aquosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de cocliaria.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas (sin que para nada fuese necesario el vino), la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él me dixo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las partecillas de la bilis, y darlas mayor vigor y mayor actividad, quando era necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua debilite, ni enfrie demasiado tu estómago. Lejos de ti ese terror pánico con que miras la freqüencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador del buen suceso, y si no tienes satisfaccion de mi fianza, el divi-

no Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas de indócil, quando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí pues en beber agua, baxo la fe de Celso; ó por mejor decir comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas incomodado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del doctor Sangredo; pero éste me honró con un nuevo empleo, el qual me hizo mudar de pensamiento. Mira, hijo, me dixo un dia, yo no soi de aquellos amos ingratos y duros, que dexan envejecer los criados en la servidumbre, sin pasarles por el pensamien-

to el recompensar los servicios. Estoi contento de ti, te amo, y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo quiero hacer tu fortuna. Ahora mismo te voi á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años há. Los otros médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo pretendo abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la fisica, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí: este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones, quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes á fondo toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas experiencias serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por

las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero: tú visitarás los del estado general que me llamaren, y quando hayas trabajado algun tiempo haré que seas incorporado en nuestro gremio. He aqui, Gil Blas, que ya eres sabio sin ser médico, quando otros por muchos años, y quizá por toda la vida, son médicos sin ser ni haber sido jamas sabios.

Rendí gracias al doctor por haberme hecho en tan poco tiempo capaz de ser substituto suyo, y en señal de mi agradecimiento le dí palabra de que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincéra, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que tuviese ocasion quando visitase los enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para comparecer en aire de médico. Hecho esto me dispuse á exercitar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de la pleura. Ordené que le sangrasen sin miseri-

cordia, y le diesen de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No perdoné á su sangre, ni fui con él menos liberal de agua que lo habia sido con el alguacil. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo oficio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Sedillo. Miróme atento, y despues prorumpió en una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No era ello sin razon. Llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraria mucho á dos cuerpos como el mio. En fin mi figura podia pasar por una mui grotesca y original. Dexéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle y la representacion de médico, que no parece animal risible por su seria gravedad. Si mi ridículo trage habia excitado la risa de Fabricio, mi mas ridícula y afectada seriedad se la redobló, y des-

pues que se rió á toda satisfaccion, ¡vive Dios, Gil Blas, exclamó, que estás magníficamente equipado! ¿Quién diablos te ha enmascarado asi? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soi substituto del doctor Sangredo, el médico mas famoso de Valladolid. Tres semanas há que estoi en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado á fondo la medicina, de manera que visito parte de sus enfermos por aliviarle. El va á las casas grandes, y yo á las pequeñas. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir te ha abandonado á ti la sangre plebeya, y él se ha reservado la ilustre. Te doi el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas exercitar su oficio con la gente pobre que con la del gran mundo. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos conocidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alexandro) si yo no fuera Fabricio querria ser Gil Blas.

Para que conociese el hijo del barbe-

ro Nuñez que no exâgeraba ni mentia en dar tantas alabanzas á mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el qual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros respectivos amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de que á la tarde siguiente nos volveriamos á ver en el mismo sitio.

CAPÍTULO IV.

PROSIGUE GIL BLAS EXERCIENDO LA MEDICINA CON TANTA FELICIDAD, COMO TALENTO. AVENTURA DE LA SORTIJA PERDIDA, Y DESPUES RECOBRADA.

No bien habia yo entrado en casa quando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Díle cuenta de las visitas que habia hecho, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dixo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahi te doi para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la quarta parte de lo que me toca á mí. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la quarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra quarta parte de lo que yo le entregaba, venia á ser, si no me

engaña mi aritmética, tocarme la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente, luego que comí volví á echarme acuestas el hábito de substituto, y proseguí mi campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia registrado, y á todos receté los mismos medicamentos, aunque adolecian de mui diferentes enfermedades. Hasta aqui las cosas caminaban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguista que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchilla, traido alli por un pariente del mercader. Hice profundas reverencias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teniamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y despues de haberme mirado atentamente: señor doctor, me dixo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid,

hermanos y compañeros mios, pero confieso que la cara de vmd. me es absolutamente desconocida, por lo que es preciso que vmd. haya venido á establecerse en esta ciudad de mui poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soi un jóven platicante, que trabajo á la sombra y baxo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doi á vmd. el parabien, me replicó mui cortesanamente, de que haya abrazado el método de un hombre tan grande. No dudo que será vmd. habilísimo aunque tan mozo todavia. Dixo esto en tono tan natural, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que le habia de replicar, quando el especiero tomó la palabra, y nos dixo: señores, tengo por cierto que vmds. saben perfectamente la medicina, y asi les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo yo hacer para lograr el consuelo de ver á mi hijo sano.

Oyendo esto el doctorcillo enano comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfer-

medad, me preguntó de qué manera pensaba yo tratarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el médico pulga me preguntó con cierto airecillo maligno y socarron: ¿y cree vmd. que con esos excelentes remedios se salvará la vida del enfermo? Y como que lo creo, respondí con resolucion y firmeza: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son los dos específicos mas universales y mas seguros contra todo género de enfermedades; y sino que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchilla, se engañó mucho Celso, y escribió un disparate mui gordo quando firmó de su mano que para facilitar la curacion de un hidrópico será mui conveniente dexarle padecer mucha hambre y mucha sed. ¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse como se engañaron otros, y algunas veces tengo gran gusto en ir abiertamente contra sus opiniones. Conozco en el discurso de vmd., repuso Cuchilla, la práctica segura y llena de satisfaccion que el doctor Sangredo pretende inspirar á todos los jóvenes profesores. La sangria y

la bebida es su medicina universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres de bien perezcan entre sus manos....Dexémonos de invectivas, le interrumpí yo algo secamente. Cae mal en un hombre de la profesion de vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dexarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura, y quizá vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si vmd. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba contra él, que el señor Sangredo responderá, y entonces veremos por quál de los dos estan los silvos. Por Santiago, prorumpió lleno ya de cólera el doctorcillo mostaza, que vmd. no conoce al doctor Cuchilla. Sepa pues, amigo mio, que tengo garras y pico, y que de ningun modo me pone miedo Sangredo, el qual, mal que le pese á su vanidad y prèsuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo pimienta me hizo despreciar su cólera. Respondíle con desprecio: correspondióme con el mismo; y dentro de poco vinimos á las manos. Dímonos algunos cachetes, y nos arrancamos uno á otro un puñado de cabellos antes que el especiero y su parienta nos pudiesen separar.

Luego que lo hubieron conseguido pagáronme mi visita, y detuvieron á mi antagonista, que verisimilmente les pareció mas hábil y mas inteligente que yo.

Pasada esta aventura faltó poco para que me sucediese otra. Fui á visitar á cierto sochantre, hombre corpulento y de un grueso vozarron, que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente quando se mostró tan contrario á este remedio, que comenzó á jurar. Díxome un millon de injurias, y aun me amenazó que me echaria por una ventana. Salí de aquella casa mas aprisa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fui derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, bebimos largamente, y despues nos retiramos cada uno á su respectiva casa, entrambos en buen estado; quiero decir entre dos vinos. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia, porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el otro doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articula-

das á la mocion y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró un poco con el doctor Cuchilla; y asi me dixo: hiciste mui bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto; ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué ¿pretende el grandísimo ignorante que no se deben permitir á los hidrópicos las bebidas aquosas? ¡Pobre mentecato! Pues yo sustentaré delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los rehumatismos y la opilacion. Es tambien mui oportuna para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan, y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flegmáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los mediquillos desbarbados, principiantes, incapaces de pensar y de hablar como filósofos: pero es mui probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en

que se funda, en vez de desacreditarme se harian todos discípulos mios, ó á lo menos mis mas zelosos partidarios.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas ádredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dexó de advertir que aquella noche habia bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia alterado un poco. Qualquiera otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de la grande sed que me aquejaba y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba entrando en devocion con las bebidas aquosas; y asi me dixo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso nectar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su*

tiempo, y los nabos en adviento. Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, exclamó, eran mas estimábles y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos los termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á prostituir vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrian á divertirse honestamente, y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civíl, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente recurrir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las bodegas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino por receta de médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua fruga-

lidad, digna del siglo de oro, se conservan aún el dia de hoi algunas pocas personas que como tú y como yo solamente beben agua, persuadidas á que se preservarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir se queda solo en caliente.



Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurria en el asunto con tanta eloqüencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas. Mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo; abominé el uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavia me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dixe á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellos antiguos termópolis, de cuya falta tanto se lamenta vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese

siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del especiero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta, que padecia una especie de frenesí, me encontré con una vieja, la qual se llegó á mí y me preguntó si era médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad que me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta una nieta suya, que se sentia mal desde el dia anterior, ignorando quál fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa me hizo entrar en un quarto adornado con muebles mui decentes, donde ví á una muger en la cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me dió golpe su traza, y despues de haberla mirado con alguna mayor atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella me pareció que no me habia conocido, ya fuese

por el abatimiento de su mal, ó ya por el trage de médico en que me veía. Pedíla el brazo para tomarla el pulso, y ví que tenia en un dedo una sortija. Sentí una terrible conmocion quando reconocí una alhaja, á la qual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dichoso D. Rafael ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexô para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme que era mejor disimular por entonces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé pues este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su pretendida ó su verdadera nieta. No fui tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia. Antes bien, haciendo del hombre sabio, dixe con mucha gravedad que todo dependia de falta de transpiracion, y por consiguiente era menester sangrarla quanto antes, y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun las reglas.

Abrevié la visita quanto pude, y fui-

me derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es mui inclinada á hacer restituciones. Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario pues apelar á nuestra industria si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante. Déxamelo pensar á mí mientras voi á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; tú espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Habia mas de tres horas que le estaba esperando quando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de trage: traía el pelo tendido, que le cubria parte de la cara, y unos mostachos postizos, que le tapaban lo demas

de ella: del cinto le colgaba una espada larga, cuya empuñadura tenia por lo menos tres pies de circunferencia; y venia al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas, y con semblantes determinados, ni mas ni menos como él, y todos con sus bigotes retorcidos, apuntalados con sendas perillazas. Servitor, señor Gil Blas, me dixo acercándose á mí con resolucion y despejo. Aqui tiene vmd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta brava gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante, y yo le empeño mi palabra que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí este discurso, conociendo por él el extratagema que habia discurrido por favorecerme, aprobando mucho el arbitrio que habia imaginado. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los quales eran tres criados y dos aprendices de barberos, todos amigos suyos, á quienes habia persuadido que hiciesen aquel papel. Mandé que traxesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos enderezamos todos á la casa de Camila. Llama-

mos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja, y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de terror. No se turbe, madre, la dixo Fabricio con cierta maligna dulzura, que no venimos por mal, sino por un negocio de poca consideracion que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el quarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé yo el candelero, y acercándome á la cama, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: infame, la dixe, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas á quien tan villanamente engañaste? En fin ya te he encontrado, malvada. El corregidor dió oidos á mi querella, y órden á estos señores para arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea pues, señor alguacil, dixe á Fabricio, cumpla lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz ronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo há que está escrita y

registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase prontamente, que yo tendré el honor de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y con las manos juntas, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veía pintada la desolacion y el terror; señor Gil Blas, me dixo, tenga vmd. misericordia de mí: esto le pido por aquella su casta madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa todavia fui mas desgraciada que delinqüente. Voi á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me quiera perder. Diciendo esto sacó del dedo la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida vmd. á mí; pídaselos al traidor D. Rafael, á quien no he visto desde

entonces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah bribona! interrumpió Fabricio, ¿pues qué? ¿no hai mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del D. Rafael para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en tu conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, que juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que el señor corregidor no sentirá saber.

Al oir esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba excitar su compasion: Camila del modo mas tierno y patético del mundo me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la justicia. Fingí que me ablandaba, y dixe al hijo de Nuñez: señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante se me da poco por lo demas. No deseo que se hagan mas vexaciones,

ni sea mas afligida esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por Dios! me respondió. Vmd. es mui floxo de muelles, y no valia un cuerno para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion, y el señor corregidor expresamente me mandó que prendiese á estas damas, porque quiere su señoría hacer con ellas un exemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase vmd. hacer por mí alguna cosa, y afloxar un tantico el rigor de la órden en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. ¡Oh, señor doctor! repuso Fabricio, eso es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea pues veamos lo que me quieren regalar. Daréle á vmd., dixo Camila, un collar de perlas y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Respondo que son finas, dixo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja traxese una caxita donde estaban el collar y los pendientes, que

ella misma puso en manos del señor alguacil. Y aunque éste era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas asi las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas, dixo despues de haberlas atentamente considerado, me parecen de buena lei: si se añade á ellas el candelero que el señor Gil Blas tiene en la mano, ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dixe entonces á Camila, que por tal friolera querrá vmd. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, entregué aquella á la vieja, y alargué éste á Fabricio, que contentándose con esto, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dixo á las dos mugeres: á Dios, reinas mias, y estad sin cuidado, que voi á hablar al señor corregidor, y á dexaros con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos

obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPÍTULO V.

PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SORTIJA: ABANDONA GIL BLAS LA MEDICINA, Y SALE DE VALLADOLID.

Executado tan felízmente el admirable proyecto de Fabricio salimos de la casa de Camila alabándonos de un suceso que habia sido mui superior á nuestras mismas esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soi de parecer que para coronar esta bella hazaña nos vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasarémos alegremente la noche. Mañana venderémos el collar, los pendientes y el candelero; harémos nuestras cuentas, y repartirémos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de ha-

ber pasado la noche fuera de ella. Pareciónos mui prudente y mui juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos pues todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarian algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegria. Durante la cena se excitaron especies graciosísimas. Sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para tener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Escapáronsele mil preciosidades llenas de sal española, que nada debe á la sal ática. Pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa turbó nuestra alegria un suceso inesperado y sumamente desagradable. Entró en el quarto donde estábamos un hombre de mui buena traza, á quien acompañaban otros dos de mui mala catadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas caladas. Co-

nocimos que todos eran ministros verdaderos de justicia, y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, asi por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. "Señores, nos dixo el comandante con cierto airecillo burlon, tengo noticia de la delicada y graciosa invencion con que vmds. han retirado de las manos de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El extratagema fue ingenioso y excelente, tanto que merece ser públicamente premiado; recompensa que no se les puede á vmds. negar. La justicia, que tiene destinado á vmds. digno alojamiento en su misma casa, no dexará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio." Quedaron desconcertadas todas las personas á quienes se dirigió aquel discurso. Mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos inspirado en casa de Camila Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi enteramente perdido, intentó justificarnos. Señor, dixo todo trémulo, nuestra intencion fue sin duda

buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente supercheria. ¡Qué diablos! replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú supercheria inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó quando menos á baqueta, esa inocentísima supercheria? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á si mismo por sus propias manos; os llevásteis ademas de la sortija un collar de perlas, un candelero de plata y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer tal maldad! ¿Os parece ésta una venialidad que se lava con agua bendita? Mui dichosos sereis si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Quando acabamos de comprehender que la cosa era mas séria de lo que nosotros nos habiamos imaginado, nos arrojamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero fueron inútiles todos nuestros clamores. Despreció con indignacion la proposicion que le

hicimos de abandonarle el collar, los pendientes y el candelero. Ni tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexôrable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles como la vieja que vivia con Camila, sospechando que no eramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija con rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo: ni aun siquiera me dexaron los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas. Por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla vestía el mismo uniforme, y tenian unas mismísimas modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y

de lo demas que encontraron, el oficial que mandaba la ronda, y se hallaba presente, referia nuestra aventura á los executores del espólio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban la horca sin remedio. Otros menos severos decian que la cosa se podia componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en galeras. Mientras resolvia sobre esto el corregidor nos encerraron en un obscuro calabozo, donde dormimos sobre paja extendida ni mas ni menos como se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no salir de alli sino para ir á galeras, si al dia siguiente no hubiera oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, y desde luego resolvió hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre mui bien quisto en todo Valladolid. Hizo tantos empeños y removió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres. Pero no salimos de prision como habiamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó

allá. Esto me traxo á la memoria aquello de Virgilio : *Sic vos , non vobis &c.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel , nos fuimos todos á buscar nuestros respectivos amos. Recibióme mui bien el doctor Sangredo : mi pobre Gil Blas , me dixo , no supe tu desgracia hasta esta mañana , y estaba pensando en empeñarme fuertemente por ti. Es menester , amigo , no desconsolarte ni acobardarte por este accidente ; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo ; y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme en qué trabajar , nunca hubo mas enfermos , como me lo habia pronosticado mi amo. Introduxéronse fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teniamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos , por lo que se dexa conocer la mucha agua que se beberia , y la gran cantidad de sangre que se derramaria. Mas yo no sé cómo era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo qual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro

enfermo haciamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavia era yo un médico novicio, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dixe un dia al doctor Sangredo: yo protexto al cielo y á la tierra, que sigo exâctamente el método de vmd., con todo eso mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina. Hoi mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco menos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis remedios eran enteramente contrarios á las enfermedades que trato. Señor, le repliqué, si vmd. quisiera creerme seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad á usar en nuestras recetas de preparaciones químicas. Lo peor que nos

podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que exâlto hasta los cielos el freqüente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo, siendo asi no es razon dar ese triunfo á sus enemigos. Dirian que vmd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y vamos nosotros adelante con nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que estan con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que valen tanto sus drogas como nuestros específicos.

Fuimos pues continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas hicimos mas viudas y mas huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid; tantos eran los entierros que habia. Todos los dias se dexaba ver en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado en

la sepultura, ó un tio que se quejaba de que habiamos muerto á su sobrino. Pero nunca veíamos á un sobrino ó á un hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios hubiésemos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos tambien eran discretos: ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su dolor. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar á los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba mui hecho á ellos, los oía con la mayor tranquilidad y con una sangre mui fresca. Acaso tambien yo me hubiera acostumbrado con el tiempo á las injurias, si el cielo, quizá por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que apagó en mí el gusto á la medicina, que exercitaba con tan infeliz suceso.

Habia cerca de nuestra casa un juego de pelota, adonde concurria diaria-

mente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion, que se erigen en maestros, y deciden difinitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes ocasiones. Era vizcaíno, y se hacia llamar D. Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco, pero mui fornido de miembros: sus ojos pequeños y centelleantes, que parecian girarle por la cabeza, y amenazar á todos los que le miraban; naríz chata y espatarrada, como derramada sobre una cara de figura piramidal, y unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y tan bronca, que bastaba oirla para cobrar terror. Este rompepalas se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvia soberana y difinitivamente todas las disputas que se suscitaban entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafio. Tal qual le acabo de pintar, ni mas ni menos, era el señor Don Rodrigo, sin que el *Don*, siem-

pre iba delante de su nombre, le dispensase de ser un hombre plebeyo. Este tal hizo una grande impresion en el corazon de una muger que era la dueña del juego. Tenia ésta quarenta años, era rica, agradable, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Sea lo que fuere, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Quando estaba ya para concluirse el tratado cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de quatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié la pelota donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de quanto dexó. D. Rodrigo, con la desesperacion de haber perdido á su dama, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no contento con vomitar fuego y llamas contra

mí, juró que me pasaria de parte á parte la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó que no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no debia despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso vizcaíno; y este pensamiento no me dexaba reposar. Obligóme en fin á abandonar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á tomar mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre de encontrar á D. Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPÍTULO VI.

Á DÓNDE SE ENCAMINÓ GIL BLAS QUANDO SALIÓ DE VALLADOLID, Y QUÉ ESPECIE DE HOMBRE SE INCORPORÓ CON ÉL.

Caminaba mui aprisa, y de quando en quando volvia á mirar atras para ver si me seguia el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en mi imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él. Cada instante me estaba dando saltos el corazon. Pero despues que anduve una buena legua me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, donde habia hecho ánimo de ir. Dexé á Valladolid sin dolor. Solo tenia el de haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina; antes bien pedia perdon á Dios de haberla exercitado. No por eso dexé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos: semejante á las mugeres pú-

blicas, que despues de arrepentidas de su libertinage, no por eso dexan de contar con gusto el dinero que las ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Fuera de eso tenia gran gana de ver aquella corte, que me habian pintado como un compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y complaciéndome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traía acuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que mui presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos en la cárcel conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, y quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no

manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa por qué dexaba á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aún en Valladolid, añadió él, hubiera encontrado diez tiendas por una; porque, sin vanidad, me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos vigotes. Pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de donde há diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber en qué estado se hallan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa mui conocida, mas acá de Segovia.

Resolví ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde alli pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor

y de mui grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si me sentia con apetito. En llegando al meson lo verémos, le respondí yo. ¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó él. Yo traigo en las alforjas alguna cosa para almorzar. Quando camino tengo siempre cuidado de llevar para la bucólica. No gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles: en mis alforjas solo meto municiones de boca, mis navajas, y un poco de xabon, con la vacía á la cinta. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Allí sacó su provision el barberillo, y toda consistia en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó como lo mejor y mas precioso de las alforjas fue una botica llena de un vino que aseguró ser mui delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas exquisitos ni los mas apetitosos, todavia, como teniamos hambre uno y otro, nos

supieron mui bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion nos volvimos á poner en camino, y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegria. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras mui singulares, me suplicó que se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dixe que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á simples hechos. Todavia, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á vmd. tal qual ella ha sido; y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó menos en los términos siguientes.

CAPÍTULO VII.

HISTORIA DEL MANCEBILLO BARBERO.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas mui de atras), despues de haber exercitado el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió, dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fue el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especería. El tercero, llamado Tomas, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fue á Madrid, donde esperaba darse á conocer algun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron. Mantuviéronse en Olmedo, y alli se casaron todos tres con hijas de labradores, que traxeron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece que habian apostado á quál habia de parir mas. Mi madre,

que era la muger del barbero, por su parte parió seis en los cinco primeros años de casada, y yo fui uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio. Apenas cumplí quince años quando un dia me echó acuestas las alforjas que veis, y ciñéndome esta misma espada á la cinta; ea, Diego, me dixo, ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Vete pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber girado toda España. No quiero oir hablar de ti hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, tomóme por la mano, y boniticamente me conduxo hasta ponerme de paticas en la calle.

Esta fue la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio mas dulce, se mostró mas sentida de mi marcha. Dexó caer de los ojos algunas lágrimas, y aun me metió en la mano un ducado ocultamente y como á escondidas del marido. Salí pues de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos quando exâmi-

né mis alforjas, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del qual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y con un pedazo de xabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. Á esto se reducia todo mi haber. Por aqui podrá vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, quando me echó de su casa con tan poca provision. Sin embargo la posesion de un ducado y veinte reales mas no dexó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegria proseguí mi camino, mirando de quando en quando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba y me impedia el caminar.

Acia el anochecer llegué al reduci-

do lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, ordené con voz alta que me traxesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: sí, me dixo con mucha dulzura, sí, caballerito mio; vmd. quedará satisfecho, y será servido como un príncipe. Condúxome á un zaquizamí tan pequeño como obscuro, y un quarto de hora despues me sirvió un plato de machorra, que comí con tanto apetito como si fuera de cabrito ó de ternera mongana. Acompañó el excelente plato con un vino, que segun él decia, el rei no le bebia mejor. Y aunque conocí mui bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho á la machorra. Despues era menester, para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese vmd. una tarima tan corta, que aun siendo yo pequeño, no podia extender las piernas sin que saliese fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de plumas se reducia á una

especie de xergon ético y estrujado, sobre el qual se tendia una manta raída y dos ó tres veces doblada, con una sábana de estopa tan negra, que habria servido á cien pasageros despues de la última lavadura. Con todo eso en la cama que fielmente acabo de dibuxar, con la barriga llena de machorra y de aquel precioso vino que antes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, despues de haber almorzado y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me puse de un solo trote en Segovia. Luego que llegué tuve la fortuna de que me recibieron en una tienda solamente por la casa y la comida; pero no me detuve alli mas que seis meses. Otro mancebo barbero, con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me alborotó los cascos, y me enganchó para que le hiciese compañía. Acomodéme luego sin trabajo sobre el mismo pie que en Segovia. Entré en una tienda de las mas freqüentadas, pues su vecindad al corral del príncipe atraía tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos man-

cebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Veíanse en esta tienda personas de todas clases y condiciones, pero entre otras, autores y comediantes. Una vez concurrieron á un mismo tiempo dos personages de la primera clase. Comenzaron á discurrir sobre los poetas y las poesías del tiempo, nombrando á mi tio entre los primeros. Entonces me apliqué á oirlos con mayor atencion. D. Juan de Zavala, dixo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar mui satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dixo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable que su última comedia? Nombraron no sé á quántos otros poetas, de cuyos nombres no me acuerdo; pero me acuerdo bien que hablaron de ellos mui mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Sí, dixo uno de ellos, D. Pedro de la Fuente es un excelente autor. Sus escritos estan llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan

estimado en la corte y entre el pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Há muchos años que goza una gruesa renta. El duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que gasta poco, y precisamente ha de estar mui bien y tener dinero.

No perdí una sílaba de todo lo que dixeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabiamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas que pasaban por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero cómo nunca nos habia escrito, y se mostraba tan desviado de nosotros, oiamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y que me informé dónde vivia, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer. Solo me detenia el haber oido á los poetas llamarle *Don Pedro*. Aquel *Don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que asi como habia sabido hacerse sabio podia tambien haber sabido hacerse no-

ble y caballero, y en virtud de eso resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente, con licencia de mi amo, me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido por verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé pues á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad pregunté por la casa de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero que me dixese quál era el quarto del señor D. Pedro de la Fuente. Suba vmd., me dixo, por aquella escalerilla excusada, mostrándome una que estaba á un rincon del patio, y llame á la primera puerta que encontráre á mano derecha. Hícelo asi; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia alli el señor D. Pedro de la Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué yo, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las traxera vmd. del padre santo de Roma seria lo mismo

ni en este momento le introduciria yo en su quarto. Está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle ni á distraerle. De nadie se dexa ver hasta mediodia, y asi puede vmd. ir á dar una vuelta, y volver ácia aquel tiempo.

Salíme pues, y fuime á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo entre mí mismo, que tendrá un grandísimo gusto de verme y conocerme, porque medía su corazon por el mio, y todo se me iba en prevenirme para mostrarle el mas vivo y mas tierno agradecimiento. Al fin volví co toda diligencia á la hora que se me habia señalado. Viene vmd. mui á tiempo, me dixo el page: presto saldrá mi amo, espere vmd. aqui, que voi á entrar el recado. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me dió golpe, porque luego observé en su cara ciertos rasgos de familia. Era tan parecido á mi tio Tomas, que le hubiera tenido por el mismo, si no le viera en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con el mas profundo respeto, y le dixe

que era el hijo de Nicolás el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid exercitando el mismo oficio de mi padre en calidad de mancebo, con ánimo de girar por toda España para perfeccionarme en mi profesion. Mientras le estaba hablando reconocí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando verosimilmente si me reconoceria ó no me reconoceria por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para librarse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto aire jovial y risueño, me dixo: y bien, amigo, ¿cómo estan de salud tus padres y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuile nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprehendiendo en la lista hasta los nombres de sus padrinos y de sus madrinas. Parecióme que no se interesaba infinitamente en tan menuda relacion; y queriendo atajar el discurso para venir á las inmediatas: ahora bien, querido Diego, me dixo, apruebo mucho que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo que

no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar mui pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no estan tan estragadas las costumbres. Vete pues, y quando estés ya para partir vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fue llevando poco á poco ácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dixo: yo no soi del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece que debia aconsejarte que te mantuvieses en Madrid. El trata con tantas personas de la primera distincion, que fácilmente podria colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo hicieses gran fortuna. Enamorado de un discurso que me pintaba en la imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa del señor

tio, y le representé que podia emplear su valimiento en acomodarme con algun personage de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. Un hombre vano, que entra francamente en casa de los grandes, y se sienta con ellos á la mesa, no puede sufrir que un sobrino suyo coma con los criados mientras él está comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de confusion y vergüenza al señor D. Pedro. Este pues se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dixo: ¿cómo, bribon, quieres abandonar tu oficio? Anda, y vete, que yo te dexo en manos de los que te dan tan perniciosos consejos. Sal de mi quarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y me espantó mucho mas la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme con lágrimas en los ojos, penetrado de dolor por la dureza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural fiero y altivo, presto se me enxugó el llanto. Antes bien pasé del dolor á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el qual habia vivido hasta

allí, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entonces sino en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra. Era mi maestro un buen viejo, á quien yo afeitaba. Aunque su nombre era *Marcos Obregon*, comunmente le llamaban el *señor escudero*, á causa que lo era de su ama. Sabia perfectamente la música, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre mui cuerdo, de mucha capacidad y de grande experiencia, y me amaba como si fuera hijo suyo. Servia á la muger de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Íbale á ver todos los dias al anochecer, quando no habia que hacer en la tienda, y sentados los dos en ciertos asientos de piedra que habia á los lados de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran mui gratas; pero suavizándolas lo mejor que podiamos, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, dábamos gusto á las gentes que nos oían. Divertiase particularmente con nuestra música Doña Marcelina, que asi

se llamaba la muger del médico. Baxaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que la caian mas en gracia. Su marido no la impedia esta diversion; pues aunque extremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia ocupado todo el dia, y quando se retiraba á su casa por la noche venia tan fatigado de visitar enfermos, que se acostaba mui temprano, y ninguna aprension le daba el gusto que su muger tenia en nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. Á esto se añadia que aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo: era de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que ni aun siquiera los hombres la mirasen. Y asi no llevaba á mal que tomase aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dexaba cantar todo el tiempo que queriamos.

Una noche que fui á la puerta del médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dixo que queria nos fué-

semos los dos á pasear un poco antes de dar principio á la música. Luego que nos vimos en una calle excusada y solitaria, donde conoció que me podia hablar con libertad: querido Diego, me dixo con semblante triste y en tono doloroso, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero. He tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto lo que habia de suceder, protesto á Dios que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme este discurso, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué cosa era la que podiamos temer, porque yo no era mui valiente, ni gustaba meterme en los peligros, y mas quando de nada podia tener experiencia, no habiendo dado aún el giro que pensaba dar por España. Voi, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer todo el peligro en que nos hallamos.

Quando un año há entré á servir al médico me llevó una mañana al quarto

de su muger, y presentándome á ella me dixo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á qualquiera parte donde vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven y sumamente bella, gustándome sobre todo lo airoso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por mui dichoso en servir á una dama tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dixo: *Oiga, el impertinente, el atrevido: ¿quién le ha enseñado á tomarse esas licencias? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni puedo sufrir requiebros.* Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veía en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado ya á ello, lejos de enfadarse, se tenia por mui afortunado en haberle tocado una muger de aquel extraño carácter, tanto que me dixo: Marcos, mi muger es un

prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para salir de casa, me mandó que la fuese sirviendo á la iglesia. Apenas nos vimos en la calle, quando encontramos dos mozalvetes, que pagados del aire y garbo de Doña Marcelina, la dixeron, como es tan ordinario, algunas cosas mui lisonjeras. Pero ella les respondió con tanto sacudimiento, y les dixo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y admirados, no sabiendo concebir cómo podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. ¡Ah! señora, la dixe: haga vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que la dicen: menos malo es callar, que responder con groseria y con desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á estos insolentes que yo no soi muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se la escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fue posible que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malo-

grándolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril. Que una muger de genio dulce, y de modales atentas, graciosas y cortesanas, se hacia amar de todos sin el socorro de la hermosura, quando por el contrario la mas hermosa, sin el auxílio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. Á este discurso añadí otros, dirigidos al gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí que me costase caro mi zelo y mi fidelidad, excitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió asi. No se inquietó contra mi representacion: contentóse con hacerla inútil por entonces; y el mismo efecto produxeron otras que la fui haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la rusticidad de su genio. Pero ¡quién lo creyera! Aquel natural tan feroz, aquella muger tan orgullosa y tan selvática, de dos meses á esta parte mudó enteramente de humor. Hoi mira á todos con agrado, y á todos trata con dulcísimas modales. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino desprecios y necedades á los

hombres que la saludaban ó alababan. Ya no se muestra insensible á las lisonjas que la dan, ni á los obsequios que la tributan. Gusta de oir que es hermosa, y que la digan que ningun hombre la puede mirar sin peligro. Son mui de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muger mui distinta de la que era. Esta mudanza apenas se puede concebir; pero lo que mas te ha de admirar es el asegurarte yo, que tú mismo, sin saberlo, has hecho este gran milagro. Sí, querido Diego, tú has sido el autor de una metamórfosis tan extraña: tú has convertido aquel tigre feroz en una mansísima oveja. En una palabra: tú la has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por ti en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia yo que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que vmd. me ha dicho, ni mucho menos que sea tan grande desgracia mia que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó; bien se conoce que discurres y

piensas como mozo. Solo miras al cebo, y no descubres el anzuelo. Te paras solo en el placer, pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que despues se han de seguir; porque no hai cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se irritará cada dia mas la pasion de Doña Marcelina, y olvidada de todo recato llegará á conocerla el doctor Oloroso su marido, el qual se ha mostrado tan condescendiente hasta aqui, porque no tenia el mas mínimo motivo para ser zeloso, pero despues entrará en furor, se vengará de su muger, y podrá hacernos á los dos un flaco servicio. Y bien, señor Marcos, le repliqué, yo me rindo á vuestras razones, y me pongo enteramente en vuestras manos. Dígame vmd. lo que debo hacer, y cómo me he de portar para precaver todo siniestro accidente. Dexando los dos nuestras músicas, me respondió, y procurando tú que no te vuelva á ver mi señora. Quando ya no te vea, poco á poco se la irá entibiando la pasion, y volverá á su tranquilidad. Esperame tú en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocarémos y cantarémos

sin peligro. Ofrecílo asi; y con efecto hice propósito de no volver mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues era un hombre que no podia ser visto sin perjuicio de las mugeres.

Mientras tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él no habia bastado para templar el fuego de Doña Marcelina, antes bien habia producido un efecto enteramente contrario. Esta dama, á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música, y quál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióla que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dexaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo; mas al cabo perdió la paciencia, y no sin alguna viveza dixo al escudero: Marcos, tú me engañas: aqui se encierra algun misterio, que absolutamente quiero aclarar. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora, respondió él pagándola con otra men-

tira, ya que vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya sin cena. ¡Cómo sin cena! exclamó ella entre compasiva y colérica. ¿Porqué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! Anda al instante, y traémele contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le reserve siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! exclamó el escudero admirado de oirla hablar de aquella manera. ¿Sois vos, señora, la que proferis tales palabras? ¿Pues de quándo acá os habeis hecho tan sensible y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió con enojo; ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes, y á exhortarme á que corrigiese mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas, ¡ai de mí! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un extremo á otro. De altanera y de insensible, me veo ya demasiadamente mansa y tierna. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar. Su ausencia en vez de templar mi amor le enciende mas y

mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de airoso ni de lindo haya excitado en vos una pasion tan vehemente? Disculparia acaso vuestra pasion si os la hubiera inspirado algun caballero jóven y de gran mérito. ¡Ah Marcos! replicó Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga experiencia, todavia no las conoces bien, si te persuades á que el mérito determina su eleccion. Si he de juzgar á las demas por mí, nunca deliberan para empeñarse. El amor es un desórden de la razon, que á nuestro pesar nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que nace en nosotros, y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses pues en representarme que Diego no es digno de mi amor. Basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece mas bello que el mismo dia. Fuera de que tiene una voz que me encanta, y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, se-

ñora, replicó Marcos, ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baxa y humilde condicion.... Yo no soi mejor que él, me interrumpió, pero aun quando fuera una muger de la primera calidad nunca repararia en ello.

Lo que resultó de esta conferencia fue, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dexó en su capricho, y se retiró como cede un diestro piloto á la tempestad que le desvia del puerto quanto mas forceja por desembarcar en él. Aún hizo mas por dar gusto á su ama: vínome á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dixo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta dama te vuelva á ver: de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. Yo no me hice de rogar. Respondí á Marcos que iria á su casa asi que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hízolo asi, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de ver-

me y de oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un accidente pesado no la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de mui anochecido, y por mis pecados era la noche mui obscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá habia andado ya la mitad del camino, quando desde una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisonjeaba poco al sentido del olfato. Viéndome en tal situacion no sabia qué partido tomar. Volverme á mi casa era exponerme á las pesadas zumbas y molestas carcaxadas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ganar la casa del médico, persuadido á que encontraria á Marcos en la puerta, y que todo se remediaria antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fue asi: encontréle que me estaba esperando á la puerta, y luego que me vió me dixo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir mui á nuestra libertad. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme

bien el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse mui condolido de ello, y me hizo entrar donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi puerquísima aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si fuera la mas funesta desgracia que me hubiese sucedido; y despues, apostrofando á la puerca que me habia acomodado de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora, la dixo Marcos, moderad esos furores, considerad que todo fue un puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan vivo resentimiento. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se hizo á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni siquiera ha alentado una queja por el ultrage que recibió? ¡Oxalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos!

Otras mil cosas dixo, pruebas todas de la vehemencia de su amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos me estaba limpiando, Marcelina corrió á su quarto, traxo una caxita llena de perfumes y aromas; que-

mó cantidad de estos, sahumó todos mis vestidos, y los aspergeó con quintas esencias de abundancia. Concluido el sahumerio y el aspersorio, la caritativa señora fue en persona á la cocina, y me traxo pan, vino y algunos bocados de carnero asado, que habia separado en la mesa para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, ya me daba de beber, á pesar de quanto Marcos y yo podiamos hacer y decir para que no se abatiese á semejantes demostraciones. Concluida la cena, los músicos templaron los instrumentos y las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó encantada de oirnos. Es verdad que de propósito escogí ciertos cantares patéticos y ciertas letrillas amorosas que lisonjeaban su corazon; y debo confesar que mientras cantábamos, de quando en quando lanzaba ácia ella unas ojeadas lánguidas y tiernas, que añadian mucho fuego á las estopas, porque verdaderamente ya me iba gustando el juego. No me cansaba el concierto, aunque ya duraba mucho. Por lo que toca á la dama las horas la parecian momentos, y de buena gana se hubiera estado oyéndonos

toda la noche, si su escudero, á quien los momentos se le hacian semanas, no la hubiera advertido que ya era mui tarde. Dexóselo decir mas de diez veces; pero daba con un hombre duro y cabezudo, que no la dexó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y vió á su ama tan ciegamente apasionada, temia que nos sucediese algun mal lance. El efecto justificó su temor; porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospechas, y á dudar de algun enredo; ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entonces le habia respetado, quiso probar á inquietarle, comenzó á no gustar de nuestras músicas. Hizo mas: nos las prohibió absolutamente, y en tono de amo, que queria ser obedecido sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no sufriria jamas que se admitiese en su casa á ningun forastero.

Avisóme Marcos de esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me mortificó mucho, porque me hacia perder las dulces esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador debo con-

fesar que á corta reflexîon me costó poco el conformarme y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No asi Marcelina, cuyo dolor fue mucho mas vivo. Querido Marcos, dixo al escudero, de ti solo espero algun alivio: haz todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Qué es lo que vmd. me pide, señora? la respondió colérico: demasiada condescendencia he tenido con vmd. No, no quiera Dios que por fomentar una insensata pasion contribuya yo al deshonor de mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre mui de bien, por criado fiel y de una conducta irreprehensible. Antes dexaré la casa que mantenerme en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ¡Ah, Marcos! replicó la dama asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon quando hablas de retirarte. ¡Pues qué! ¿piensas, cruel, abandonarme, despues que tú me has reducido al lastimoso estado en que me veo? Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste.

¡Oh, y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú estragaste mis costumbres quando pretendias enmendarlas.... Pero, ¡qué es lo que digo, desdichada de mí! ¡Á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fue la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso por Dios de las necias palabras que se me escapan. Mi dolor me ha trastornado el juicio; compadécete de mi debilidad. Tú eres mi único consuelo, y si te es cara mi vida no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras redobló el llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse el rostro, y se dexó caer sobre una silla, como una persona que no puede resistir al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan tierno. Sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué

atractivo es el vuestro! No me admiro ya de que el amor haya tenido fuerza para haceros olvidar vuestro deber, quando la compasion la ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprehensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasion de Marcelina. Á la mañana siguiente vino á contarme todo lo que habia sucedido, y me dixo que tenia pensado ya modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una novedad tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle me dixo: señor Diego, ¿cómo le va á vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos Obregon? ¿Ya sabrá vmd. que está para ser despedido de casa del doctor Oloroso? No por cierto, le respondí. Pues sépalo vmd., me replicó, y no dude, que la cosa es mui cierta. Hoi sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion, á que me hallé presente, en la qual dixo el primero al segun-

do: señor boticario, tengo que hacerle una súplica. No estoi satisfecho con el viejo escudero de Marcelina, y en su lugar quisiera una dueña fiel, adusta y vigilante, que fuese guardia de mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: sin duda que tiene vmd. necesidad de la señora Melancia, que fue el ángel custodio de mi difunta esposa, y aunque há seis semanas que enviudé todavia la mantengo en casa. Á la verdad me seria mui útil para gobernarla; pero con gusto se la cedo á vmd. por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su frente y de su cabeza. Es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexô débil. Doce años enteros estuvo en casa, y siempre sin perder de vista á mi muger, que como vmd. sabe, era moza y nada fea. En tan largo tiempo no se vió en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisaverde. Sí por cierto: buena era la dueña para sufrirlo. En aquella materia no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la

inclinó enteramente á la virtud. En fin es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor mui satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoi mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia que tuve por cierta, como con efecto lo era, turbó las ideas de todos los buenos ratos que yo me habia figurado ya; y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dixo, estoi contentísimo de que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas, mui contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo libre ya de estos cuidados, y sobre todo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á ti, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres.

sustos y riesgos, ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes obstinados que hacen vanidad de luchar contra todos los impedimentos; pero aun quando lo fuera, la señora Melancia dexaria bien burlado mi empeño y mi obstinacion. El carácter de que suponian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas obstinados y mas atrevidos. Con todo eso y no obstante los colores con que me la habian pintado, no dexé de entender dos ó tres dias despues, que habia tenido maña para adormecer á aquel Argos, faltando á su fidelidad. Salia yo una mañana de casa para rasurar á cierto vecino, quando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo el señor Diego de la Fuente. Respondíla que sí; y ella me replicó, pues á vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo en la señal que he de dar. Yo

sé remedar el gato á maravilla, y miahullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso el postillon del amor. Voi á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de vmd., señor Diego: el cielo le conserve. ¡Oh, qué mozo tan galan! Á fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otras. Diciendo esto se desvió de mí aquella dueña tan adusta y vigilante.

Agitóme furiosamente este mensage, y allá se fue toda la moral de Marcos. Esperé con impaciencia la noche, y quando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso me encaminé ácia su puerta. Alli di principio á mis miahullos, que podian oirse de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado el idioma de los gatos. Hacialo con tanta propiedad, que uno de los vecinos, que volvia á su casa, creyendo que verdaderamente era uno de los animales que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo: *maldito sea el gato*, que dandome en la cabeza quedé aturdido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó

para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas conseqüencias, y se cerró antes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España luego que me ví perfectamente curado.

CAPÍTULO VIII.

ENCUENTRO DE GIL BLAS Y SU COMPAÑERO CON UN HOMBRE QUE ESTABA REMOJANDO CORTEZAS DE PAN EN UNA FUENTE, Y LA CONVERSACION QUE CON ÉL TUVIERON.

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron despues, pero todas de tan poca substancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo me ví obligado á

oirselas contar, y en verdad no fue bréve la relacion. Ella duró hasta que llegamos á Puente Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa y nos asasen una liebre, despues de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo ántes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino muchos, grandes y copetudos árboles, que hacian una sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Alli encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buena traza y bien hecho. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la

misma cortesanía. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto aire risueño y desenvuelto nos preguntó si éramos servidos. Aceptamos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. ¡Oh, señores! exclamó trasportado de alegria, verdaderamente que vmds. vienen bien provistos de municiones de boca: se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo futuro. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que vmds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura mui brillante. Sepan vmds. que no pocas me tratan de príncipe y estoi rodeado de guardias. Segun eso, dixo Diego, será vmd. comediante. Adivinólo vmd., respondió el desconocido. Por lo menos há quince años que no tengo otro oficio. Era todavia niño quando ya representaba ciertos papeles pequeños; esto es, que tuviesen poco que decorar. Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabe-

za, yo dudo mucho en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos de S. Anton; y me temo, me temo, que si vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense vmd. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es que entro en los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo asi, repuso mi camarada, doi á vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo háyamos tenido la honra de desayunarnos en compañiá de tan gran personage.

Comenzamos entonces á roer nuestros rebojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan freqüentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dexamos enteramente vacía, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el barberillo el silencio diciendo al comediante: estoi admirado de ver á vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone vmd. si le hablo con tanta claridad. Por cierto, re-

plicó el actor, que se conoce no ha oido vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber vmd. que, por la misericordia de Dios, no tengo un genio delicado. Me da vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soi rico; y si no miren vmds. esta chupa. Diciendo esto nos mostró el forro de la chupa, que era todo de los carteles de comedia que se fixan en las esquinas. Este es todo mi abrigo, y si todavia tienen curiosidad de ver mi guardaropa, yo se le enseñaré. Héle aqui: y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, un gorro mui raido, con penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agugeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos mui usados de badanilla encarnada. Ya ven vmds. ahora que soi medianamente infelíz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿No tiene vmd. muger, ni alguna hija bien parecida? Sí señor, respondió Zapata, pero vea vmd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso

estoi mas adelantado. Caséme con una linda comedianta esperando que no me dexaria morir de hambre, mas por mi poca fortuna dí con una muger de un juicio y de un honor incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que se hallaba entre los comediantes de la legua me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dixo el barbero. Mas ¿porqué no se casó vmd. con alguna bella comedianta de las compañías de Madrid? Entonces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de lugar no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del príncipe, y aun en ella tal vez se ven algunos precisados á proveerse en las provincias. Es verdad que no les suele salir mal, porque no pocas veces encuentran aldeanas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó vmd. entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor. Vmd. se bur-

la con su mérito infinito. Veinte hombres hai en cada compañía, pregunte vmd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad merecian por lo menos cargar con un costal como yo con mi mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues hasta en esto valen mas los empeños que la habilidad. Ninguno lo puede saber mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas cargado de silvos que todos los diablos, sin embargo de que esperaba ser mui aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo ácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba en el gusto con que el vulgo celebra á los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea vmd. quánto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y faltándome el modo de introducirme, á pesar de to-

dos los silvos de la mosquetería, dexé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora. Alli estan mi muger y mis compañeros, que me parece no han hecho tampoco gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder ir á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático se levantó, echóse acuestas su mochila, ciñóse su espada, y despidiéndose de nosotros: á Dios, nos dixo con mucha gravedad, quieran los dioses inmortales derramar sobre vmds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle vmd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos enseñó sus talones comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silvar para que no se le olvidasen tan presto los silvos de Madrid. Con efecto creyó que todavia le duraban en los oidos: volvió la cara, y viendo que nosotros nos divertiamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su camino dando grandísimas carcaja-

das. Correspondímosle por nuestra parte, y volviéndonos al camino seguimos nuestro viage.

CAPÍTULO IX.

ESTADO EN QUE ENCONTRÓ DIEGO SU FAMILIA, Y COMO GIL BLAS SE SEPARÓ DE ÉL DESPUES DE HABERSE DIVERTIDO.

Fuimos aquel dia á dormir en un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha olvidado; y al dia siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dixo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo ver sin llenarme de alborozo: tan natural es en todos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como vmd. que tiene tanto amor á su pais, parece que habia de hablar de él con mayor estimacion. Vmd. me le pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y yo veo que es una grande, y al parecer mui poblada villa. Asi era razon que por lo menos la tratase vmd. Yo la pido perdon, respondió el barbe-

ro, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras grandes ciudades de España en el giro que hice de ella, todo me parece aldea. Conforme ibamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo nos pareció ver cerca del pueblo gran multitud de gente, y quando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos tuvimos mucho en qué divertir la vista.

Vimos tres pavellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas gran número de cocineros que estaban disponiendo una gran comida para algun festin. Unos cubrian las mesas que estaban baxo las tiendas; otros echaban vino en grandes vasijas de barro; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos revolvian luengos asadores, todos cubiertos de diferentes viandas. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastantemente elevado. Adornábale una decoracion de carton, pintada de diferentes colores, y con una multitud de emblemas ó de divisas griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dixo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomás; apuesto

algo á que ha andado aqui su mano, porque tiene una máquina de libretes de gramática. Lo que me enfada es, que en las conversaciones encaxa sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos. Posee la antigüedad; lo qual se conoce por las notas con que los ha enriquecido; como v. gr. aquella de que *en Atenas lloraban los niños quando los azotaban*; cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion nosotros no la sabriamos.

Despues que mi camarada y yo vimos todas las cosas que acabo de decir, nos vino gana de preguntar ¿porqué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al mismo tiempo que nos ibamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomás de la Fuente, y se daba un cierto aire como de director de la fiesta. Fuimonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó un poco en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin le abrazó estrechamente y le dixo: ¡oh, querido sobrino Diego, con que al cabo

has vuelto á ver á tus dioses penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh dia tres y quatro veces beato! *albo dies notanda lapillo*. Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses há que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo que le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los grandes, y no gastaba diez doblones al año para comer y vestirse. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Aristipo, el qual caminando por los desiertos de Libia hizo á sus esclavos que dexasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos, á quienes no podia sufrir. Dexó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás acomodó ya á su hija Teresa, que acaba

de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit.* Este himeneo, concluido baxo los mas felices auspicios, es el que ahora celebramos con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro costeamos cada uno la suya; y cada uno costea tambien la fiesta del dia. Hubiera celebrado mucho que tú hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró el matrimonio, corrió tu padre con el gasto. Dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos regaló con una bellísima fiesta pastoral. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y mas agraciados del lugar; y de pastoras á las diez muchachas mas bellas y mas aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella brillante juventud hizo mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas mui chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible

cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja todavia no hemos tomado el gusto á las pastorelas.

Hoi lo he tomado yò de mi cuenta, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el qual con la ayuda de Dios haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, rei de Marruecos*. Se executará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hai que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de familia, naturales de Peñafiel y de Segovia, y los tengo en mi casa á pupilo. ¡Excelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion está acuñada en cuño maestro, *ut ita dicam*. En quanto á la tragedia no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa. Solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trágicos que ponen toda el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la

muerte que presentan á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario excitar el terror. ¡Ah! Si yo me hubiera dedicado al teatro nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos. Me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personages, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo *basta las mismas guardias*? Haria tambien degollar al mismo apuntador. En fin solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esta especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el luxo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras quando vimos salir de la villa y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexô. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y de sus parientes, y precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto de ruidoso estruendo nada apacible. Salióles Diego al encuentro, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegria con que fue recibido

del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia, y todos los que se hallaban presentes; y quando se aquietó un poco aquel primer turbion, le dixo su padre: seas bien venido, amigo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes. ¿No es asi? Por ahora no te digo mas, á su tiempo lo sabrás mui por menor. Mientras tanto todo el mundo se fue avanzando ácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas, que ya estaban puestas y aderezadas. Yo no dexé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno al otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa y se mudasen los manteles, para quedar superior á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas tan á la moda ni con tanta magnificencia.

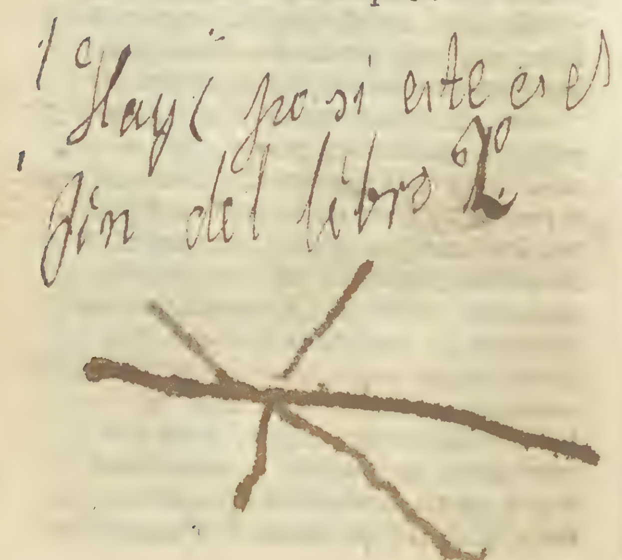
Despues del festin todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomás, no dudando, decian, que seria dignísima de oirse una produccion de ingenio tan superior. Acercámonos pues al teatro, donde todos los tocadores de instrumentos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dexáronse ver los actores de la primera escena, y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas, en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rei de Marruecos, por via de diversion, mató cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar á treinta oficiales portugueses, que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero aquel monarca, zeloso de sus mugeres, puso él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las reduxo todas á ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban re-

presentados por unas figuras de paja hechas con algun primor; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de enmedio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fue celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creía yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulei-Bugentuf*; pero engañéme como hombre. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y las trompetas. Era éste la distribucion de los premios, porque Tomás de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, asi pupilos como los que no lo eran, los habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á las mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De re-

pente pues se dexaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante llenos de libros pequeños, enquadernados en papel pintado con bastante aseo. Entonces todos los actores y compositores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomás, el qual se dexaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera el prefecto de un colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al rei de Marruecos, acompañándola con una profunda reverencia, y aquel monarca la comenzó á leer en alta voz, llamando uno por uno á los que estaban nombrados para recibir el premio. Cada qual iba con el mayor respeto á recibir su libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, quando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laureles, y despues se iban sentando en unos taburetes colocados junto al borde del teatro, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuida-

do que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se practica, las madres de los otros discípulos lo llevaron mui á mal, entraron en cólera, y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el festin de los Lapitas.



AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LLEGADA DE GIL BLAS Á MADRID, Y PRIMER AMO Á QUIEN SIRVIÓ ALLI.

Detúveme algunos dias en casa del barbero; y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas vacías. Hízome montar en una, y contraximos tanta amistad en el camino, que quando llegamos á Segovia quiso absolutamente que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y quando me vió resuelto á partir para Madrid me dió

una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo asi, poniéndola yo mismo en las manos del señor Mateo Melendez. Era éste un mercader de paños, que vivia en la puerta del sol. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, quando me dixo con un modo mui cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de vmd. con tan vivas expresiones, que no puedo dexar de ofrecerle un quarto en mi casa. Ademas de eso me suplica que le solicite una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto y con esperanza de que no me será mui dificil colocar á vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez sin hacer del quixote ni del melindroso, con tanto mayor gusto quanto veía que mis provisiones poco á poco se iban disminuyendo; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dixo que acababa de proponerme á un caballero amigo suyo, que tenia necesidad de un ayuda de cámara, y que segun todas las señas no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, ha-

biéndose dexado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, le dixo Melendez tomándome por la mano, este es aquel mozo de quien hablamos poco há, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle mayor, frente por frente de S. Felipe. Entramos en una casa mui buena, donde él ocupaba un quarto: subimos una escalera, y á cinco ó seis pasos de ella me introduxo en una sala cerrada con dos buenas puertas, en la primera de las quales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban antes de abrir. Pasamos despues á otra sala, donde por no haber alcoba, tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia considerado bien en casa de Melendez, tambien yo le exâminé á él con particular atencion. Era un hombre como poco mas de cincuenta años, de un aire frio y serio.

Parecióme de buen natural, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho con mis respuestas: Gil Blas, me dixo, yo contemplo que eres un mozo de entendimiento y juicio, y me alegro mucho de tenerte en mi servicio. Por tu parte espero que estarás contento de tu condicion. Cada dia te daré seis reales para que comas y te vistas, sin perjuicio de otros gages y provechos que podrás tener conmigo. Yo no soi hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, siempre como con mis amigos. Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiar bien mis vestidos; lo restante del dia eres libre, y podrás hacer lo que quisieres: basta que por la noche te retires á casa á buena hora, y me esperes á la puerta de mi quarto: esto es todo lo que exíjo de ti. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo y me los entregó para empezar á cumplir nuestro tratado. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dixo: no tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre

en la escalera quando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto partió él, y me dexó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dixe entonces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama y barrer su quarto por la mañana te da seis reales cada dia, con libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni menos como un estudiante en tiempo de vacaciones. Á fe que no será facil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid, sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en un meson poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres quartos de hora despues, y pareció contento de mi puntualidad. Mui bien, me dixo, esto me gusta, yo quiero criados que sean atentos y exâctos en hacer lo que les mando. Dicho esto abrió las puertas del

quarto, cerrólas tras de nosotros, y como nos hallábamos á obscuras hizo fuego con un eslabon, y encendió un belon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su órden una lamparilla que estaba en la chimenea, tomé el belon y llevélo á la antesala, donde me acosté en una camita ó catre sin colgadura ni cortinas. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, diome mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salióse fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y ételé aqui que uno y otro nos separamos por todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia mui dulce y mui acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo aún no sabia cómo se llamaba mi amo. Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja a comprar géneros de los que vendia. Ni los vecinos pudieron tampoco satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian de qué clase de hombres era mi amo, aunque habia dos años que habitaba en aquel barrio. Dixéronme que no trataba

con ninguno de los vecinos, y algunos, acostumbrados á juzgar mal de todo temerariamente, inferian de esto que era un hombre de quien no se podia hacer juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de portugal; y alguno me advirtió con caridad que corria yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, segun infiero, que los demas. Mi inocencia no me podia asegurar, pues no bastaba ésta para no tener miedo á la justicia. Habia probado dos ó tres veces que si la justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo menos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé pues el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubriese que verdaderamente era un enemigo del estado abandonarle enteramente; pero al mismo

tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner en práctica lo que habia determinado hasta asegurarme de la verdad. Comencé pues á exâminar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor (le dixe una noche mientras le estaba desnudando), no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de las malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced cómo hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah, señor! repliqué yo, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¡No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte nos observa con particular atencion! En una palabra, dicen que su merced es espía del rei de portugal. Entonces levanté los ojos y le miré fixamente á la cara, como Alexandro á su médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun

tanto, lo que era una gran confirmacion de lo que decia la vecindad; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbaxo, lo que tampoco interpreté mui favorablemente. Asi estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dixo con voz y semblante mui tranquílo: Gil Blas, dexemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas bocanadas. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, mientras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucha paz, y yo hice lo mismo sin saber á qué habia de atenerme. Al dia siguiente, quando nos estábamos disponiendo para salir de casa, oímos llamar fuertemente á la primera puerta de la escalera. Abrió el amo la segunda, y mirando por la rejilla, vió un hombre bien vestido, que le dixo: señor caballero, yo soi alguacil, y vengo de parte del señor corregidor á decir á vmd. que su señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo, no sin algun desabrimiento. Eso es lo que yo no sé, replicó el alguacil; pero no tiene vmd. mas que ir á su casa, y mui presto lo sa-

brá. Servidor del señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo que hacer con su señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el quarto en tono de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho en qué pensar el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dixo: amigo Gil Blas, tú te puedes ir á pasear donde quisieres, que yo no pienso salir de casa tan presto, y en toda esta mañana no te he de menester. Persuadíme al oir estas palabras que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir á la calle. Dexéle pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en cierto parage, de donde podia observar si salia ó no salia. Hubiera tenido paciencia para mantenerme alli toda la mañana, si él mismo no me hubiera aliviado de este trabajo; pues pasado una hora le ví salir y presentarse en la calle con un desembarazo y con un aire de seguridad, que dexó confundida mi penetracion. Mas no me deslumbraron estas apariencias; antes bien ellas mismas me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que

todo aquello podia mui bien ser afectado, y aun llegué casi á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y su dinero, y que probablemente iba á ponerse en seguro con la fuga. Perdí la esperanza de volverle á ver, y aun dudé si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba á que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo no dexé de ir á esperarle, y me sorprendió quando le ví volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor señal de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y se vistió con la mayor tranquilidad.

No bien habia acabado de vestirse quando llamaron de repente á la puerta. Fue él mismo á reconocer por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente; preguntóle qué se le ofrecia; y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oir esto se me heló toda la sangre en las venas. Tenia yo concebido un endiablado miedo, y mas que pánico terror á toda esta casta de páxaros desde que habia tenido la desgracia de caer en sus manos; y

en aquel momento quisiera estar cien leguas distante de Madrid. Pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor corregidor con el debido respeto. Ya ve vmd., dixo á mi amo, que no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á ser tratada con atencion. Sírvase vmd. decirme cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es D. Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, freqüentar los teatros y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda mui honrada, de honesta y grata conversacion. Sin duda, preguntó el juez, que tendrá vmd. una grande y gruesa renta. No señor, repuso mi amo, no tengo rentas ni tierras, y ni aun casa. ¿Pues de qué vive vmd.? le replicó el corregidor. De lo que voi á mostrar á V. S. respondió D. Bernardo; y al mismo tiempo levantó un tapíz, y abrió

una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al juez en un gabinete, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S., le dixo entonces, que nosotros los castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna es comparable con la mia. Tengo un fondo de pereza y de holgazanería tal, que me hace incapaz de todo empleo y cuidado. Si quisiera canonizar mis vicios dándolos el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del espíritu desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soi aragan y perezoso por temperamento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo que me dexaria morir de hambre. En virtud de esto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, para no tener el trabajo de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no tener que lidiar con administradores ni mayordomos, convertí

en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hai en este cofre, lo que basta, y aun sobra, para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo futuro, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comunmente arruinan á los hombres. Soi poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco y por mera diversion; y estoi ya mui desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten entre el número de viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh, y qué dichoso es vmd.! exclamó el corregidor. Tenianle contra toda razon por una espía, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga vmd., D. Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aqui. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á vmd. su amistad, y yo le

ofrezco la mia. ¡Ah señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oímos desde la puerta del gabinete, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPÍTULO II.

DE LA ADMIRACION QUE CAUSÓ Á GIL BLAS EL ENCUENTRO CON EL CAPITAN ROLANDO, Y DE LAS COSAS CURIOSAS QUE LE CONTÓ AQUEL VANDOLERO.

Quando D. Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acom-

pañándole hasta la calle, volvió prontamente y con toda prisa á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa mui contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á enderezarme á su casa; pero quando estaba ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y de temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavia cierto airecillo de superioridad, me ordenó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Dónde me llevará? puede ser que tenga aqui alguna cueva obscura. No lo creo, pero si lo creyera, en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, mui atento á observar el sitio dónde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida por

poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me disipó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer el mejor vino, y ordenó que se dispusiese comida para los dos. Mientras se disponia nos metimos en un quarto, y asi que Rolando se vió solo conmigo me habló de esta suerte. Sin duda, Gil Blas, que estarás mui admirado de verte aqui con tu antiguo comandante; pero aún te has de admirar mas quando me hayas oido lo que te voi á contar. El dia que te dexé en la cueva, y partí con mis compañeros á Mansilla para vender las mulas y caballos que habiamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de quatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos: hicimos morder la tierra á dos de ellos, los otros dos huyeron á quatro pies. Temiendo el buen cochero por su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les irritó

mucho mas. Señores, dixo uno, no dexemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿Á quántos de estos no ha hecho morir su padre? Venguémosles, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente se disponia ya á ser el gran sacerdote en aquel sangriento sacrificio si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente, le dixe, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad el matarle. Fuera de que el hijo no es responsable de las acciones de su padre, y ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, asi como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes y pasageros.

Intercedí pues por el hijo del corregidor, y no le fue inútil mi intercesion. Cogímosle todo el dinero, juntamente con los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro soterráneo, donde arribamos al dia

siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco sorprendidos quando vimos levantada la trampa, y mucho mas quando encontramos á Leonarda fuertemente amarrada en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo sucedido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonamos la burla en gracia de la invencion. Luego desatamos á la cocinera: la dí órden de que nos dispusiese de comer. Entretanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y quatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseabamos darle algun alivio, pero habia perdido ya todo conocimiento, y nos pareció caso tan desesperado, que á pesar de nuestra buena voluntad, abandonamos aquel pobre diablo entre la vida y la muerte. No por eso dexamos de sentarnos á la mesa, y despues de haber almorzado opiparamente nos retiramos á nuestros quartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Quando despertamos nos dixo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la cámara ó cue-

va donde te acordarás que dormias, y alli le hicimos los funerales como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Cinco ó seis dias despues sucedió que queriendo hacer una salida, encontramos mui de mañana á la entrada del bosque tres brigadas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para acometernos. Al principio no descubrimos mas que una. No la temimos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacamos; pero al mismo tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros, y nos rodearon de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuenos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, envueltos y encerrados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos brigadas nos llevaban presos á Leon, la tercera fue á cegar y destruir la cueva, que habia sido descubierta de este modo. Atravesando el bosque un labrador de las inmediaciones para volver á su casa,

vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dexaste abierta el mismo dia que te escapaste con la dama: sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio desconcertó ligeramente algunos árboles vecinos y otros mas de trecho en trecho, hasta que se vió fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fue mucho mayor, por quanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres brigadas, y las dió por guia al labrador que habia descubierto el soterráneo.

Mi arribo á la ciudad de Leon fue un grande espectáculo para todos los vecinos. Aunque yo hubiera sido un general enemigo hecho prisionero de guerra no hubiera sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenazeado, y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó

á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dixo: el cielo cansado de tus delitos te ha abandonado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme el de haber quitado la vida al hijo de V.S. Si vive, á mí me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah miserable! replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun quando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Despues de decir esto nos mandó encerrar en un calabozo, donde no dexó pudrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí estuve tres semanas enteras en la prision. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para hacerle mas terrible, y en fin cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, quando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dixo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por ti mi hijo hubiera sido asesinado en medio

de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran servicio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rei el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete donde quisieres; pero creeme, añadió, aprovéchate de tan felíz como no esperado suceso. Entra en ti, y abandona para siempre esa desgarrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con resolucion de vivir tranquíla y dulcemente en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no hacian la quarta parte de lo que debia heredar. ¿Pero qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó lo que viene á ser lo mismo, afec-

taron ignorarla, porque en aquel honrado cuerpo todo el mundo interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los otros, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte todo el interior de mi alma. No me gusta el oficio que he abrazado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh, y quánto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soi amante de la alegria y de la libertad. Voi viendo que tengo traza de exônerarme de este empleo, y desaparecer una mañana mui temprano para retirarme á las montañas que estan en el nacimiento del Tajo. Sé que hai alli una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que

te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de ti como informa un general de un oficial quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y asi no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas árduas y peligrosas; yo á una vida tranquíla y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprender lo que emprendiste, te está todavia mui dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida tranquíla y sosegada á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robásteis de la cueva. Respondíle que estaba mui equivocado, y para desengañarle en pocas palabras le conté toda la historia de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido

desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan vil y baxo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones. Pero escucha bien las palabras que voi á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoi, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mi....Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada qual por su camino.

CAPÍTULO III.

DEXA GIL BLAS Á D. BERNARDO DE CASTELBLANCO, Y ENTRA Á SERVIR Á UN PETIMETRE.

Quando salimos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante personage. Á la verdad la traza de Rolando no excitaba ideas mui favorables de sus costumbres. Era un hombre mui alto, cara larga y naríz de papagayo; y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Quando D. Bernardo se retiró á casa por la noche le hallé enteramente preocupado contra la catadura del capitan, y mui dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dixo, ¿quién era aquel paxarraco con quien te vi salir del figon? Respondíle que era

un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese embarazado en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dixo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aqui, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad quando exercitaba yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿porqué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dixe, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. An-

da, hijo mio, vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuime en derechura á dar esta noticia á mi protector Melendez; el qual me dixo por consolarme que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dixo: amigo Gil Blas, mui lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voi á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con D. Matias de Silva. Es un señor de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *petimetres*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo quanto se le ofrece: es verdad que todo va á fiado, pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas: y quando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la quarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de D. Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha

de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mio, hará de ti particular estimacion.

Mientras íbamos caminando al palacio de D. Matias me dixo el mercader: paréceme mui conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aqui para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre mui vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones á diligencia alguna para conservarte siempre en su gracia. Su amistad te será de gran provecho. Pagaráte exâctamente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene

muchos arbitrios para dar en qué ganar. D. Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y de nada menos cuida que de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondieronnos que sí, y que le encontrariamos en su quarto. Efectivamente le hallamos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terlíz, lleno á lo que parecia de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader espalancó tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia, por lo menos, tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me exâminó de pies á cabeza, y me dixo con afabilidad y buena gracia, que yo era el mismísimo que convenia á Don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por

mí, y suplicó al mayordomo que me tomase baxo su proteccion, y dexándome con él se retiró, despidiéndose con una multitud de cumplimientos. Luego que salió me dixo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dixo: veamos si estan aqui los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dixo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta mediodia, y ya es cerca de la una, que es la hora en que amanece en su quarto.

Con efecto acababa entonces de levantarse D. Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre el brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dixo el mayordomo, aqui está este mocito, que tengo el honor de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es

Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. se hallará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otras cosas, pues has venido quando iba á mandar que te llamasen. Te voi á dar una mala nueva, mi caro Rodriguez. Anoche estuve mui desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar quanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen quando se pueda. Es preciso pues que busques en el dia doscientos doblones, y se los envies á la condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, es mas facil decir que executar. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable man-

tener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aqui, por la misericordia de Dios, le he podido soportar; pero no sé ya á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil, respondió D. Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar sobre mí el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria una mui buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoi persuadido á que presto se veria V.S. libre de ese cuidado. Ya me cansas y me asesinas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Dexa-me arruinar, sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir, que es menester y quiero absolutamente que los busques y los halles. Voi pues, dixo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V.S., aunque á crecida usura. Vé y recurre aunque sea al mismo diablo, res-

pondió D. Matias; como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, quando al irse el mayordomo entró en su quarto otro señorito mozo, llamado D. Antonio Centellas. ¿Qué tienes, amigo? preguntó éste á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto asi el bruto que acaba de salir de aqui. Es cierto, respondió D. Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi quarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! Como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió D. Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Quando el grandísimo ganapan, en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, que todas mis rentas estan embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es-

dixo D. Matias, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convergo en eso, respondió Contellas.... pero aguarda un poco, prosiguió rebentando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento mui gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas sérias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos da tanto enfado. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hubieres menester, y tú pedirás al mio el que yo necesitare. Dexarémoslos decir todo lo que quisieren, y nosotros los oiremos con orejas de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendrás noticia de los mios; y verás cómo nos divertirémos.

Á esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo,

que apenas se le descubria un cabello. Quiso despedirse D. Antonio, y dixo: á Dios, D. Matias, que presto nos volverémos á ver. Quiero dexarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios serios. No, no, respondió mi amo: estate aqui, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre mui de bien, que me presta dinero á cinco por ciento. ¿Cómo *á cinco por ciento*? repiicó Centellas como admirado. Vive Dios que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos que á un diez por ciento. ¡Qué usura! exclamó entonces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos briбones? ¿creen por ventura que hai otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exôrbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los qre se valen de mí, y si todos mis compañeros siguieran mi exemplo no estariamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices

como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa y ofrecérsela á vmd. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable cinco por ciento. Mas, ¡oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Quánto dinero ha menester V. S.? preguntó volviéndose ácia mi amo. Doscientos doblones, respondió éste. Quatrocientos traigo en un talego, dixo el usurero, contaré la mitad, y se la entragaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de baxo de la capa un talego de terlíz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dexar con quinientos doblones en el quarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo qué debia pensar de aquella maniobra, y ví por experiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La

vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dimas, dixo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexîon, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato quando solo pedí á vmd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á vmd. Tomaré pues esos quatrocientos doblones sobre el mismo pie, para excusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen eclesiástico, heredero de grandes posesiones, que emplea quanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahi la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad, interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel, la tendrá

vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor D. Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él, replicó el usurero, porque no soi hombre que me haga de rogar. Entonces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silvando mientras firmaba, sin haberle siquiera leido, ni permitido que leyesen el papel.

Concluido este negocio se despidió el viejo de D. Matias, y éste le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dimas, soi todo de vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes mui necesarios al estado: el consuelo de mil hijos de familia y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que sufren sus rentas. Tienes razon, dixo entonces Centellas, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser mui estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á éste, que se contenta con un cinco por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo

cia mil necedades, sazonadas con un acento vizcaíno que las daba un gran realce. Fuera de eso estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora quánto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dixo D. Alexo Seguier, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marques de Zenete, Don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir equivoquillos galantes. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios ni de las mas agudas; pero, ¿qué importa? Su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas, vivacísimas y loquísimas; y estas me gustan mas que las juiciosas, modestas y mas discretas del mundo.

CAPÍTULO IV.

ADQUIERE GIL BLAS AMISTAD CON LOS CRIADOS DE LOS PRIMEROS PETIMETRES: SECRETO QUE ESTOS LE ENSEÑARON PARA LOGRAR Á POCA COSTA LA REPUTACION DE HOMBRE AGUDO; Y SINGULAR JURAMENTO QUE Á INSTANCIA DE ELLOS HIZO EN UNA CENA.

Prosiguieron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que Don Matias, á quien yo ayudaba á vestir, se halló en tren de poder salir de casa. Díxome entonces que le siguiese; y todos los quatro petimetres tomaron juntos el camino de la casa donde habia ofrecido conducirlos D. Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera; y uno de ellos, despues de haberme

mirado atentamente por un breve rato, me dixo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque há mui poco tiempo que llegué á Madrid. Asi me lo parece á mí tambien, replicó él; todavia hueles á provincia, porque te veo tímido, embarazado, y observo en la accion un no sé qué de aldeanísimo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y mui cierto que no hai hombre tan desaliñado y tan selvático á quien no sepamos pulir y desbastar.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofradía y en la hermandad de unos buenos hijos, no dudando ya que en breve tiempo me harian un mozo de todo garbo. Quando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa y dispuesta la comida que D. Fernando habia tenido cuidado de ordenar desde la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á co-

mer y á chacharear con mucha alegria, y era para mí grandísima diversion el verlos y el oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian infinitamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Quando se sirvieron los postres y la fruta les presentamos muchas botellas de los mejores vinos extrangeros, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro quarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi quadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar las modales de sus amos; afectaban tambien hablar el mismo lenguage, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á la reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabian imitar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo; pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de D. Fernando, en

atencion á que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del festin, y llamando al dueño de la casa, le dixo: maestro Andrés Mantuano, traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais; y segun lo acostumbrado, cargadlas en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero, señor Gaspar, ya sabe vmd. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas: si por medio de vmd. pudiera cobrar algun dinerillo.... ¡Oh! respondió el criado, no tengais pena por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho seqüestrar nuestras rentas; pero mañana harémos que se levante el seqüestro, y sereis pagado de todo lo que contuviere la cuenta sin exâminarla. Tráxonos el vino, no embargante el seqüestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia que éste se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros respectivos amos. El criado de D. Antonio llamaba *Gamboa* al

de D. Fernando, y el de D. Fernando llamaba *Centellas* al de D. Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando baxo estos nombres postizos; ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos baxo los suyos propios.

Aunque en la realidad nò brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dexaron de mostrarse bastante contentos de mí. Amigo Silva, me dixo uno de los menos tartamudos, espero que harémos de ti algo de bueno. Veo que tienes fondo y genio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun desproposito; con todo eso, ¿quántos pasan hoi en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir quanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil impertinencias, como entre ellas te se escape algun dichico agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose un concepto supe-

rior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirla me pareció tan facil y practicable, que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil extravagancias algunas agudezas, que me merecieron grandes aplausos de toda la brigada. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Redoblé con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dixo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aún no há dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre mui distinto del que eras. Cada

dia te irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de calidad. Insensiblemente eleva y ennoblece el espíritu: efecto que no se experimenta en el servicio de gente baxa, y ni aun en la de mediana condicion. Sin duda, le respondí; y por tanto de hoi en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de D. Fernando, que ya estaba entre dos vinos. No es dado á la gente baxa el tener pensamientos altos ni genios superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Stigia de no servir jamas á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fue á media noche, lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de alli tan temprano fue por ir á ver una maja que vivia en el barrio de palacio, que tenia su casa

abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á quarenta años, perfectamente linda, todavia de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que segun se decia, vendia mas caros los rebuscos que lo que habia vendido las primicias de su belleza. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veía. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban alli, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin nos separamos todos luego que la aurora se dexó ver, y cada uno se retiró á descansar por su parte.

Mi amo se levantó á mediodia como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entramos en casa de D. Antonio Centellas, donde encontramos á un tal Don Álvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser

petimetres se ponian en sus manos y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándolos á brillar en el gran mundo, y á disipar sus caudales. D. Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dixo Centellas á mi amo: á fe, D. Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Álvaro ha venido para llevarme á casa de un mayorazguillo que ha convidado hoi á comer al marqués de Zenete y á D. Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas de la partida. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó D. Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Álvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises extrangeros, y al partir le dexó un grandísimo caudal. Gregorio es un pobre tonto, mui dispuesto á comer y gastar todo su dinero haciendo de petimetre, y que rebienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no se lo quiso conceder. Púsose en mis manos para que le gobernase; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado,

pues el fondo de sus rentas está ya medio comido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el hospital. Vamos, D. Matias, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dixo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos villanos, que presumen hombrear y confundirse con nosotros. Como por exemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes, obligaron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó D. Antonio, ese tal no merece que se tenga lástima de él, porque no es menos necio ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron pues mi amo, Centellas y D. Álvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centellas y yo fuimos tambien tras de ellos, ambos á dos mui persuadidos á que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien mui contentos de contribuir por nuestra parte á la ruina de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente

ocupada en preparar la comida, y nos vino á las narices un olor de cocina, que prevenia el olfato mui en favor del gusto. Acababan de llegar el marqués de Zenete y D. Juan de Moncada. Dexóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo tonto aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el aire y las modales de los petimetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales; ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba á ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar quanto tenia. Señores, dixo D. Álvaro, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á vmds. como uno de los mas cabales y mas perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, es un jóven mui cultivado. Escojan vmds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutíl, hasta la mas pura y delicada ortografía. ¡Oh, señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio sonriéndose de mui mala gracia. Yo sí, señor D. Álvaro, que

podia retrucar á vmd. el argumento, porque vmd. sí que es aquello que se llama un pozo de *ciencia.* Cierto, replicó D. Álvaro, que no fue mi ánimo procurarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dixo D. Antonio, lo que admiro en él, mas aún que su ortografia, es el acierto en la eleccion de las personas que trata. En lugar de buscar comerciantes solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y tan elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

Á estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Vistieron de pies á cabeza al buen señor; y de quando en quando, en tono de elógios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario, todo lo convertia en substancia tomando á la letra quanto le decian, y se mostraba mui contento de sus taimados huéspedes; pareciéndole que le hacian mucho honor quando le hacian

ridículo. En fin él fue el hazme reir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos como nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos quando salimos de casa del señor Gregorio.

FIN DEL TOMO I.






978
AVENTUR
DE
GIL BLAS


colorchecker CLASSIC
calibrite